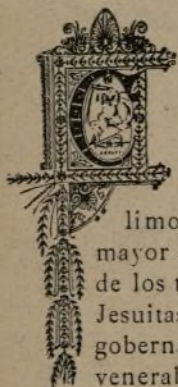




YORUBA.—Resurreccion de una vieja. (Pág. 446).

INDOSTAN.

NOTICIAS DE DIVERSOS PUNTOS DE LA MISION.



ONSIDERÁMONOS felices cuando podemos ofrecer á nuestros lectores un cuadro general y completo de una de nuestras Misiones, pues así ven mejor el camino recorrido y el bien obrado merced á sus limosnas. Creemos, pues, que leerán con el mayor interés y suma edificacion este resumen de los trabajos y de los resultados de los Padres Jesuitas en el vicariato apostólico del Maduré, gobernado de cuarenta años á esta parte por el venerable Ilmo. Canoz.

Este Prelado, dice el P. Driget, jesuita, en una carta dirigida á los señores Directores de la Obra de la Propagacion de la fe; este Prelado, que conoce con cuánto interés miran Vdes. todo lo que se refiere á las Misiones y á los misioneros de la India, me ha encargado les comunique algunas noticias, que espera les serán gratas y edificarán á sus lectores.

Primeramente, en una carta del P. Visavasam, jesuita indio, leo que ha sido completamente satisfactorio para los alumnos católicos el resultado de los últimos exámenes ante los delegados de la Universidad de Madrás.

Como ya saben Vdes. el vicariato apostólico del Maduré está dividido en 6 distritos principales, en los cuales 110 misioneros, 70 de ellos sacerdotes, trabajan por el advenimiento del reino de Dios entre los indios.

Año VI.—N.º 143.

Ahora bien, puédese formar una idea de los frutos de esos trabajos apostólicos por las memorias de algunos misioneros.

El P. Verdier, superior del distrito de Palamcotta, escribió al Ilmo. Canoz la víspera de la fiesta de san José:

«Como ramillete de festividad puedo ofrecer á san José regular número de bastante hermosas flores que han brotado en los arenales del Sud durante los seis últimos meses: 1,084 bautismos de niños cristianos; 416 de adultos; 196 de hijos de catecúmenos; 2,205 de niños paganos *in extremis*, y 54,288 comuniones. En esta época de epidemia no contamos las extremaunciones y las absoluciones dadas *in articulo mortis*. Somos nueve misioneros en el distrito, y con sólo tres más que fuésemos los resultados serian dobles.»

El P. Mengelle, misionero en Aneikarie, escribe con la misma fecha:

«Me preguntais si la cosecha ha sido abundante en este tiempo de cólera. En mi *pangu* he perdido unos 200 cristianos. Todos han tenido una muerte edificante: he podido administrar á más de 100, y he sido testigo de muchos actos heroicos de piedad y resignacion. Durante el último trimestre he bautizado entre los paganos 15 niños, 31 adultos y 131 *in extremis*. Uno de mis catequistas ha bautizado 40. Mañana por la tarde iré á Tissacuviley, donde bautizaré 35 catecúmenos que se preparan hace ya mucho tiempo.»

Una carta del P. Boisset, fechada en Caittar el 11 de enero de 1885, puede dar idea de la extension de un *pangu* ó parroquia:

15 Diciembre 1885.

«Mi cristiandad tiene dos centros principales: Caittar y Camanayakempatty, distante uno de otro veinte kilómetros. Al rededor de Caittar tengo, en los cuatro puntos cardinales, otros tantos pueblos, distantes tres ó cuatro kilómetros poco más ó menos. En un radio doble, á seis ú ocho kilómetros encuéntranse seis capillas, en medio de cristiandades poco numerosas todavía, y por último, á más de veinte kilómetros al Oeste, había la miserable capillita de Uparancottey, donde la mayor parte de los cristianos han pasado al protestantismo, creyéndose abandonados por los misioneros católicos, harto ocupados para que puedan visitarles con frecuencia.

«Al rededor de Camanayakempatty cuento tres pueblos distantes sólo una milla; 200 cristianos dispersos en los pueblos circunvecinos en un radio de cuatro ó cinco kilómetros; y por último á diez y ocho ó veinte kilómetros al Norte, encuéntranse los dos populosos barrios de Vagalasalaburam y de Carpur, donde tengo 250 cristianos.

«A mi cargo hay de 4,500 á 5,000 almas de cristianos antiguos; casi á todos los he visitado en estos últimos tres meses. Ya sabeis, ilustrísimo señor, que despues de haberme confiado el curso de teología moral en el seminario de Trichinopoly, me habeis enviado aquí á principios de octubre. En este trimestre cuento 3,100 confesiones, 2,440 comuniones y más de 200 bautismos. No he podido ocuparme todavía de los paganos, que son treinta veces por lo menos más numerosos. No poseo el don de lenguas ni el de la multiplicacion de las horas del día. ¡Ojalá que vuestras oraciones y vuestra oracion multipliquen por lo menos mis fuerzas y mis recursos!»

Esos paganos con frecuencia entrarian en masa en el redil de la Iglesia católica. De ello leemos un ejemplo reciente en una carta de un jesuita indio, el P. Amirdanader, dirigida el 25 de febrero de 1885 al ilustrísimo Canoz:

«No ignora V. I. que estos últimos años ha habido muchas conversiones en Punskaiei. Hoy puedo anunciar como cierta y próxima la conversion del pueblo de Muditanandam, que cuenta 1,000 casas, de ellas 700 nobles Vellages. Cinco meses atrás vinieron seis familias á pedirme el bautismo. Con objeto de probarles les dí un Catecismo que habia de servir para todos, y les dije que aprendiesen por sí mismos las oraciones. Al cabo de una semana volvieron para recitármelas, y pedirme que fuése á bautizarles. El 13 de enero último pasé á Muditanandam. Los principales paganos del pueblo organizan inmediatamente una procesion con tambores y otros instrumentos músicos. Condúcenme así por el pueblo hasta un grande edificio de un estilo indio y magníficamente adornado al intento. Allí, aquellos pobres paganos á quienes veia por vez primera vinieron á ofrecirme presentes. Terminada la ceremonia de los *sandipus*, sirviéronme la comida. Terminada ésta, las mujeres me presentaron sus hijos á fin de que los bendijese, y hombres y mujeres no cesaron de pedirme que estableciese lo más pronto posible entre ellos la verdadera Religion, la *Sathiavedam*.

«Esta primera visita ha puesto en conmocion á todo el pueblo; no sólo los nobles *vellages*, sino tambien los paganos de otras castas influyentes, piden el bautismo. Infúndeme singular gozo la esperanza de introducir el cristianismo entre las 700 familias de Muditanan-

dam. Su ejemplo contribuirá á la conversion de todos los otros *vellages*. Dios se suscitaria entre ellos sacerdotes virtuosos, catequistas inteligentes, bautizadoras y maestras de escuela. La nobleza de su casta les daría influencia.

«¡Qué dolor para mí, ilustrísimo señor, si la falta de recursos me impidiese hacer los gastos indispensables para secundar las excelentes disposiciones de estos buenos, paganos! Seria de temer que, viéndose abandonados por los católicos, se echasen en brazos del protestantismo. Hay ya en este pueblo un catequista y un maestro de escuela protestantes; y bien sabe V. I. que no es el dinero lo que les falta.»

No, ciertamente; no le falta dinero á la herejía; y una carta del P. Laventure nos dice lo que ha hecho para procurárselo el R. *bishop* Cadwell, ministro protestante de Tuticorin.

«Os habia anunciado la partida del R. Cadwell para Inglaterra, escribe el P. Laventure. Nuestro *bishop* ha vuelto, cargado de oro y de dinero. Héle ya rico y poderoso. A sus escuelas solamente ha consagrado 400,000 pesetas; destinando sus réditos al sostén de pensiones gratis designadas en concurso entre los jóvenes indios que muestran mejores disposiciones para la ciencia y el protestantismo. Además, se repartirán 2,000 pesetas cada mes entre los alumnos más diligentes y asiduos. Como comprendéis, la fundacion de esas 210 pensiones gratis y de esas recompensas mensuales tiene por objeto hacer el vacío en nuestras escuelas ó dejarnos sólo las nulidades.

«Esas generosidades pérfidas para atraer á los niños nos hacen presentir el aumento de intrigas para comprar á precio de dinero las almas de nuestros infelices indios. Mas Aquel por quien trabajamos vendrá en nuestro auxilio: el propietario se interesa en su viña mucho más que el obrero.»

El misionero del Maduré tiene necesidad de esta esperanza, de esta confianza en Dios para sostenerse, no sólo en medio de los obstáculos que se oponen á su obra, sino tambien contra las pruebas personales sin cesar renacientes. Ya conoceis los estragos causados en la India por el cólera: á este azote ha venido á unirse la inundacion.

Entre otras cartas dando cuenta de las desgracias ocurridas, recibimos la siguiente del P. Cartier, misionero en Ramnad:

«¡Cuántos daños! ¿Cómo repararlos? ¡Ay! lo que más me inquieta es el peligro que amenaza á mis infelices cristianos. El siniestro ha destruido sus casas, removido sus tierras, muerto sus bueyes, carneros y todos sus animales domésticos. ¿Qué será de ellos? Véoles ya pedirme algun socorro, y la necesidad me obligará á decirles que nada tengo. Al dejarme encontrarán los agentes de los predicantes del protestantismo, que les harán mil promesas, les darán dinero haciéndoles firmar recibos al interés de 18, 20 ó 25 por ciento, y finalmente para condonárselo les obligarán á alistarse en su secta. Y sucederá que, aparte la malicia de esta apostasía, despues de semejante desercion no se atreven á presentarse ante el misionero; creen su pecado irremisible, y está todo concluido.»

No creais, sin embargo, que sea difícil hallar entre los indios del Sud ejemplos de perseverancia en medio de las adversidades. Elijo entre muchos el de un neófito del P. Delpech, celoso misionero de quien os transcribo,

antes de cerrar la presente, este pasaje de uno de sus relatos :

«Entre mis neófitos del año último cuento un cierto Visuvasam que me edifica por su resignacion y su confianza en Dios. Perseguido por el *Cramatar* de su pueblo, privado de los bienes de los que era colono, colmado de insultos y de calumnias, no sólo lo sufre todo con paciencia, sino que no cesa de suplicar á su mujer, sus hijos, su hermano y la familia de éste que le sigan en la religion del verdadero Dios. Recientemente el cólera y la viruela han atacado á él y á sus parientes, pero Dios les ha preservado de todo desfallecimiento. El ejemplo y los consejos de Visuvasam nos darán en breve dos familias de cristianos inquebrantables. Despues de la enfermedad ha venido la pobreza y la miseria : la inundacion ha arrebatado al pobre Visuvasam lo poco que le quedaba de la cosecha ; y obligado á pedir prestado á crecido interés, en breve se ha completado su ruina. Han sido embargados todos sus muebles ; y ayer, por último, me dijo que el *Cramatar* del pueblo quiere á todo costa expulsarlo del país. A pesar de esto no ha desfallecido poco ni mucho la fe de mi neófito. Además, no hace de sus desdichas un reclamo, y nunca me ha pedido el más insignificante auxilio. Comprar la fe á costa de tantos sacrificios y no esperar nada en recompensa, por lo menos en este mundo, es hermoso y heroico en todas partes y en todos los hombres, pero particularmente en un indio.

UN EPISODIO ENTRE LOS GALAS.



ANTES de empezar este relato, la Redaccion del *Boletin* tiene la honra de dar un recuerdo de veneracion al valiente Obispo que fundó esta Mision y á quien su Santidad Leon XIII ha otorgado la púrpura cardenalicia. A una carta que dirigimos á S. Ema. el cardinal Massaja, el Prelado se ha dignado contestar con las siguientes satisfactorias líneas :

«Con motivo de mi promocion al cardenalato me habeis dirigido vuestras felicitaciones. Mi pluma es impotente para demostraros mi gratitud. He trabajado modestamente en una pequeña parte del Africa oriental : vuestro *Boletin* ilustrado trabaja sin descanso en alentar todas las expediciones apostólicas de Cristo esparcidas por el mundo. Espero que vuestro periódico de las *Misiones* irá cada dia en aumento. Hoy no he renunciado á mi deseo, y confio que la obra de Dios crecerá y que el riachuelo llegará á ser un gran rio que regará todo el dominio evangélico del mundo.

«Por mi parte, hubiérame considerado feliz si pudiese morir en el país de mis infelices galas, en donde Dios habia bendecido algo mi ministerio apostólico. Mi sepulcro hubiera atraído otros misioneros más activos y celosos para continuar la obra por mí comenzada ; pero no he sido juzgado digno de tanta gloria : como siervo inútil, he sido arrojado de mi campo de batalla. He llegado á Roma á una edad avanzada, incapaz de servir á la Iglesia de Dios, y el papa Leon XIII ha querido, con no poca confusion mia, servirse de mi persona para realzar el apostolado entre los infieles elevándome á la sagrada púrpura. Así, las felicitaciones por mi exaltacion al cardenalato no deben dirigirse á mí, sino más

bien al gran Papa que nos gobierna y á todos aquellos que cooperan al apostolado de las Misiones extranjeras y hacen progresar la obra de Dios tanto entre los infieles como en Europa. Por lo que á mí hace, el único pensamiento capaz de fortalecerme es la esperanza en las oraciones de mis amigos, á fin de que Dios me conceda la gracia de llevar lo menos indignamente posible esa nueva carga durante los pocos dias que me separan de las bodas del esposo.»

El relato siguiente es debido al P. Pedro de Locminé, capuchino, misionero entre los galas :

Junio de 1884.

Estoy á punto de instalarme entre los ananias. Esta mañana, han ido á buscar madera para construirme una cabaña, y aprovecho la ocasion para escribiros, cosa que no podria hacer en presencia de los indígenas sin pasar por hechicero.

Los anias son de raza gala. Su única industria es la de pastores, y en la vasta extension de territorio que ocupan no hay cultivo alguno.

Desde el 18 de junio á medio dia he sido adoptado por Mudde-Dalali, jefe de la familia Dadakium y de la tribu de los Ao-borayu. Mi padre adoptivo tiene noventa años, y es muy célebre en el país. Sólo Dios sabe el número de hombres que ha muerto y de bueyes que ha robado, y sus hijos (*mis hermanos* al presente) son dignos de él ; de suerte que ha llegado á ser *poderoso* en esta comarca, pues aquí la adopcion trae más ventajas que la naturalizacion en Europa. Puedo ir y venir sin el menor peligro, cuando ochó dias atrás podia ser muerto á cada palo, sin que nadie hubiese considerado el hecho una cosa mala.

Vais á saber ahora cómo he venido á este país.

El anciano jefe está ciego hace dos ó tres años, y como ciertos viejos tiene la idea fija de curar, y quiere curar á toda costa. Ha consultado á todos los brujos de quin-ce leguas á la redonda, pero sin resultado.

Conociendo la manía del pobre viejo, le hicimos decir que teníamos un remedio excelente para los ojos. Despues de esperar mucho tiempo, nos mandó su hijo, diciendo que podíamos seguirle sin temor. Vine, pues, aquí, y me puse á trabajar concienzudamente en la esperanza de curar al ciego y mientras tanto estudiaba el terreno, pues este es un país nuevo. Dí unas tocas á su mujer, la Sra. Dalali (actualmente *mi madre*). Esforcéme por interesar á todo el mundo, á los muchachos con azúcar y á las niñas con espejos. Entre los anias las mujeres tienen mayor influencia que en todos los países que he visitado hasta el presente.

Al volver este año he distribuido con más profusion los regalitos, y he logrado el objeto que me proponia.

He sido adoptado despues de un consejo de familia y de presentacion á todos los notables de la tribu. La ceremonia de adopcion se ha verificado en un lugar retirado del bosque, ante el *consejo de los diez*, presidi-do por mi *viejo padre*, con el ceremonial de costumbre en semejante circunstancia. Os aseguro que *mis hermanos* no son tan salvajes como eso, y que hacen las cosas bien. El consejo estaba reunido desde las seis de la mañana. A medio dia preciso, el *Rabba* (especie de ugiér) ha venido á la cabaña, en donde yo aguardaba el resultado de la deliberacion y me ha dicho :

—Vén.

Le he seguido durante media hora, sin despegar los

labios, hasta que por fin haciéndome volver en dirección del Oeste me hace prometer que nunca revelaré los nombres de aquellos á quienes veré en breve. Entonces prosigue la marcha, y despues de muchas vueltas y revueltas me encuentro ante el consejo.

El presidente está sentado en una piel de vaca, á tres pasos del círculo de los *diez*. Al lado opuesto del *viejo*, fuera del círculo, hay las autoridades Boku, Dori y Rabba, con la cara vuelta hácia el Este y lanza en mano, todos más graves que senadores. Hiciéronme señal de que me sentase en medio del cuadro. No se oía una voz ni se veía el menor movimiento de cabeza... Estaba yo casi impresionado.

Al cabo de quince minutos llegaron los dos hijos del jefe y pusieronse á mi lado. Eran mis padrinos. Entonces me presentaron é hicieron mi demanda de afiliacion. Preguntáronme mis nombres, títulos y cualidades, y dijéronme en seguida que todos, entre los anias, estaban decididos á vivir y morir libres, y preguntáronme si venía yo al país para trabajar en someterles. Fuéme fácil contestar que no era yo hombre de gobierno, etc.

—Está bien, me dijeron.

Luego el Boku añadió:

—Pedro, tú eres hijo de Dalali.

El Dori repitió la misma fórmula, y todos á una voz contestaron:

—¡Así sea!

Luego vino la proclamacion de miembro de la tribu, y repitióse la misma fórmula con mucha gravedad. Me habian hecho levantar y apoyar las manos en los hombros de *mis hermanos*: el jefe me dice:

—En adelante eres de los nuestros; puedes ir y venir por todo el país ania: aún guiado por una niña, nadie te molestará. Ahora véte.

Creí debía dar, gravemente tambien, apretones de manos á mis nuevos hermanos y abrazar á mi nuevo padre.

Marchábame contento, cuando el viejo me llamó para decirme si le podía dar algunas perlas. De muy buen grado le ofrecí una treintena de ellas, de porcelana por supuesto.

Esta adopcion ha causado sensacion en la comarca, y espero que todo continuará bien. Es un hecho importante para la Mision. Mucho se puede hacer aquí, pues el país nos está abierto, y mi adopcion me permite introducir entre los anias á todos mis hermanos y parien-

tes. Oremos para que ningun obstáculo se atravesase en nuestra obra.

De todas partes vienen á visitarme. Lo que más llama la etencion es mi reloj. Lo toman, lo aplican á su oido, y el tic-tac les desconcierta. Como en su vida habrán visto un reloj, no distan mucho de creer que hay algun dios ó diosa oculto en la caja.

Como término de la fiesta, el dia de mi adopcion ofrecí á mi *padre* un macho cabrío, que fué comido casi crudo.

El dia siguiente otro jefe, llamado Moggio, me invitó á que le visitase. Fuí con mis dos nuevos hermanos; me recibió muy bien, y para manifestarme su contento me regaló una magnífica cabra, que acepté, y que en obsequio de todos fué sacrificada inmediatamente.

Al cabo de una hora me trajeron las entrañas y un enorme pedazo de la bestia. Los asistentes estaban todos sentados en torno mio. El dueño de la casa prueba la carne, y me dice:

—Come, que ya estoy harto.

Mis hermanos tampoco querian comer; todo era para mí. A la verdad, me encontraba en un compromiso, pues no podía yo tragar aquellas crudezas. Supliqué, pues, al dueño de la casa y á mis hermanos que se las repartiesen. No aceptaron sino despues de muchos cumplimientos, pero al fin dieron buena cuenta de ella.

Los anias son fuertes y valientes, y tienen cierta lealtad. Creo que puede sacarse de ellos algun partido. Lo que temen sobremana es la dominacion extranjera, y por esto no permiten cultivo alguno

entre ellos. Los misioneros, pues, tendrán que imponerse privaciones; pero ¿qué quereis? nada se obtiene sin algun trabajo. A los zuavos pontificios (1) yo les decía: «Se es militar ó no;» ahora digo: «Se es misionero ó no.»

Estos dias me ocupo en construir una cabaña que me falta. Entre tanto estoy alojado en una choza de mi *padre*, en la que están confundidos hombres y caballos, jumentos, etc., etc., mientras me roen los insectos. Pero ¿tengo derecho á quejarme cuando veo las princesas (*mis hermanas*) barrer el patio con sus manos? Dentro pocas semanas iré á Harrar para referir al Ilmo. Taurin lo que he visto y hecho, y de paso incorporarme

(1) El P. Pedro de Locminé es un antiguo sargento de zuavos pontificios.



INDOSTAN.—Paisaje de orillas del Ganges. (Pág. 441).

uno ó dos misioneros á fin de empezar la Mision de los anias. Por desdicha los obreros son muy escasos. La Mision promete: no es terreno ni almas para salvar, lo que faltan. Valor y generosidad es lo que aquí se necesita. Las privaciones son grandes: no puedo ofrecer más que leche y carne, y las delicias son por demás escasas. La recompensa la esperamos en otra parte.

VIAJE EN EL YORUBA.

XI.

IBADAN.—SU SITUACION.—RESURRECCION DE UNA VIEJA.



ISTA desde la puerta llamada de Abeokuta, la ciudad de Ibadan presenta un cuadro sumamente pintoresco. En el horizonte aparece esa larga y alta colina cortada, flanqueada por ocho ó diez montecillos, de los cuales tres, enteramente despojados de árboles y peñascos en extremo, soportan millares de chozas de tal suerte pegadas unas á otras, que la circulación es difícil en la mayor parte de los barrios.

Cuenta la villa con dos ó tres inmensas plazas, tambien literalmente cubiertas de habitaciones, y un riachuelo de pantanosas márgenes lo atraviesa en su longitud.

Peñascosos senderos, practicados por las torrenciales lluvias, de mayo y junio, prestan muy poco interés á esta parte de la ciudad. Al ver las casas construidas en el flanco de las rocas, diríase que son nidos de águilas puestos en alturas salvajes é inaccesibles. Lo pintoresco del lugar caracteriza muy bien, por otra parte, á esos bandidos de Ibadan, cuya vida es un pillaje continuo.

La mayor parte de las casas se van arruinando merced á la ausencia de la poblacion vigorosa, ocupada hace ocho años en la guerra.

Los muros no se sostienen en pié, y los techos han desaparecido en muchas viviendas: las huertas que se encuentran á ciertas distancias están sin cultivo, y compréndese que le faltan á este pueblo leyes y paz. La venganza divina pesa sobre esta poblacion que la guerra ha sacado de la oscuridad. Convertida en rival de Abeokuta, ostenta orgullosamente su poder y sus deseos insaciables de conquista.

De una puerta á otra la ciudad mide más de legua y media de largo.

Su superficie es menos extensa que la de Abeokuta,

pero su poblacion es relativamente más densa, y contará de 130 á 150,000 habitantes.

Gobierna la ciudad un poderoso jefe, Latossa, que ha do á poner sitio frente el campo de los Ijechas, á unos cinco dias Noreste de Ibadan. En este campo, contando mujeres y niños, no hay menos de 25,000 almas.

Sucede, pues, que esta ciudad negra de Ibadan, debilitada por la guerra, parece un verdadero cuerpo sin alma. Nada hay en ella de la vida y actividad febril que se advierte en Abeokuta y en los otros pueblos que gozan del beneficio de la paz. En todo se revelan las inquietudes por temor de algun desastre.

Los protestantes de Inglaterra se han establecido con apoyo de su gobierno en tres puntos diferentes de la ciudad, y temiendo el fuego ó el enemigo han adosado su estacion á las fortificaciones exteriores.

Las casas de los ministros Kudetti y Aremon han sido hace algun tiempo pasto de las llamas. Los templos son regulares; pero el fanatismo de los señores adeptos del *Church* dista mucho de constituir una sociedad interesante y no dispone en su favor del corazon de sus adeptos.

No se encontrarían cuatrocientos bautizados en dichos tres templos, siendo así que la obra de esos herejes data de 1853, tan cierto es que les falta la asistencia de lo alto.

Entre el pueblo, las mujeres, los agricultores y los niños sobre todo son bastante dóciles, segun nos dicen, pero es preciso ir en su busca, y nó esperarles.

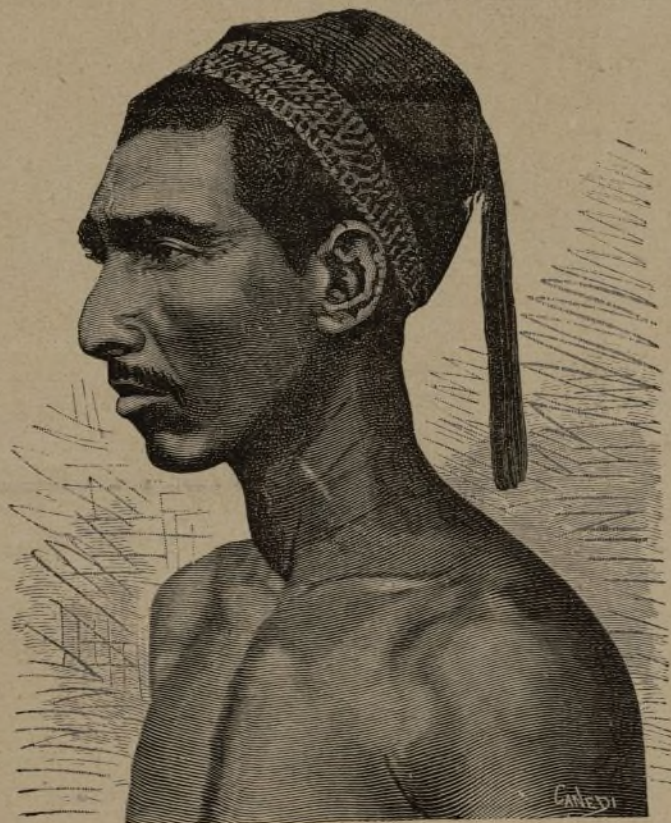
Confíemos que la Mision católica resolverá este problema, y que en breve lograremos conquistados en este país.

En Ibadan hay cada noche un tumulto espantoso. Llórase á los muertos y á los valientes que han caído al hierro del enemigo. Las prometidas, las viudas y los huérfanos se lamentan por sus queridos difuntos: no se oyen más que cantos, gritos y gemidos que no acaban hasta clarear el día. La confusion es indescriptible.

Mucho de esto es mero aparato, pero hay que llorar, y llorar mucho y largo tiempo. Los sentimientos es lo de menos.

Sin Egun, segun la creencia popular, la ciudad quedaría pronto destruida: Egun es el justiciero universal: á nadie perdona; castiga públicamente á cuantos le son legalmente denunciados, y en su furor vengativo quita la vida á las víctimas que merecen el último castigo.

Egun, sin embargo, el terrible y justo Egun, no es otra cosa que el alma de los muertos, uno que vuelve disimulado bajo una máscara cualquiera, y ciertamente



GALAS.—Tipo somali. (Pág. 443).

nunca superchería más notoria ha tenido tanto crédito. Durante nuestra permanencia en la ciudad asistimos al retorno de una de esas almas que venia á saludar á su familia.

Acababa de morir una vieja negra, nuestra vecina, y algunos días despues, en un bosquecillo adyacente á nuestra casa, se verificó su resurreccion.

Era al caer de la tarde; pues hay que advertir que la luz del mediodía es poco favorable á tales operaciones: algunos centenares de personas, parientes, amigos y curiosos hacia tiempo estaban estacionados en la plazuela del bosque sagrado. Batian los tambores, y esperábase la hora propicia, la hora solemne. El evocador, *resucitado* tambien (eso de rigor), envuelto en un traje de Egun, empezó las evocaciones en un tono de ventrilocuo; mas la vieja se hacia de rogar, pues no se habia pronunciado aún la palabra sagrada. El evocador lanzó por último el grito sacramental, y la vieja, invisible todavía y oculta en el bosque sagrado, contestó con voz sorda y cavernosa. Nadie entendió lo que dijo; pero ella habia contestado.

Entonces los parientes y sobre todo la hija de la resucitada prorrumpieron en gritos de júbilo, y cantos de triunfo se levantaron en toda la línea de los espectadores estupefactos... Con todo, la vieja no habia comparcido aún... la ansiedad era todavía grande... ¡jaguardábase la noche!....

Llegó por fin, y con ella vióse aparecer en el contorno de un sendero algo que se adelantaba lentamente: ¡era la feliz resucitada! Una sábana, más blanca que de costumbre, la envolvía fuertemente de piés á cabeza, y un paño que no le cedia en blancura le ceñía la frente.

El entusiasmo de los parientes llegó á su colmo: la hija de la que regresaba voló á su encuentro, teniendo en las manos el instrumento de cocina más indispensable.

Al recibirla, la negra enjugóse con la mano una lágrima que no fué vista pero que produjo extraordinario efecto, pues empezaron los presentes, que tal era el motivo de la resurreccion. La vieja bailó entonces una especie de rigodon que nos divirtió mucho.

Cerraba la noche, y la aparecida, bailando acompañó á su hija hasta la cabaña, de la que volvió cubierta con la sábana y cargada de presentes para volver al bosquecillo, del que saldrá cada vez que se le anuncie que hay presentes para ella.

Hay decretada pena de muerte contra cualquiera que descubra en público los misterios de Egun ó de la resurreccion. No hay que extrañar, pues, que semejante hombre sea poderoso y goce en Ibadan de un poder absoluto. Él solo vale por rey, jueces y verdugos.

¡Desgraciados de los deudores que caigan en su poder! Si la deuda es enorme, no retrocede ante medio alguno para hacerse pagar, y venderá mujeres, niños y esclavos.

Una de las curiosidades de Ibadan es una gran feria que se celebra en una inmensa plaza formada al parecer por la lava enfriada de algun volcan. Vense á trechos algunos árboles; pero no hay un solo sitio que esté nivelado: todo son asperezas agudas, y es preciso que el pié del negro esté singularmente acostumbrado á tales cortes para que no corten su piel.

Cuando recurrimos el mercado, no faltaban en él frutos: las batatas, el maíz, la alcandía, el *mandubi* ó alfonsigos ocupaban un rincon de la plaza; más lejos las

esteras, en medio los tejidos, y en los extremos las gallinas, las cabras y los carneros.

Muchas vendedoras y pocos compradores. Las transacciones, aún para lo más insignificante, son difíciles.

Mas cuando se trata de comprar un caballo, es un negocio de gran cuantía, pues no se piden en cambio cauríes, que son harto escasos, sino uno, dos, tres y hasta cuatro esclavos, segun aquel se llame Rocinante ó Bucéfalo.

¿Y las requisiciones forzosas? No es posible librarse de ellas en Ibadan. Designado tal ó cual barrio, los enviados de Latossa llegan como amigos, roban si no se da de buena voluntad, y tratan la madre patria como país conquistado.

XII.

MONTAÑAS DEL YORUBA.—HIERRO.—FUNDICIONES: MICA.—CUARZO.—GRANITO.—CRETA.—SOSA.—RIOS.

El sistema de montañas del Yoruba es continuacion del que domina en el Dahomey. Es una cordillera tortuosa del Oeste al Este, con contrafuertes del Norte al Sur, que parecen á primera vista montañas aisladas, pero que sin duda pertenecen al sistema general.

Desde el Sur á los alrededores de Abeokuta empiezan dos series de colinas poco eminentes hasta los alrededores de Ogbomocho, y que llegan á ser verdaderas montañas en el país de Ifa y de los Ijechas. En esta última parte del Yoruba son picos cubiertos de bosque unidos unos á otros por medio de mesetas peñascosas unas, plantadas otras de vigorosos árboles, y algunas cubiertas de ricas plantaciones, anunciando por lo regular un poder de vegetacion poco comun.

Aparte la mica y el cuarzo que existen poco ó mucho en todas partes, y que distintamente hemos notado en bastantes sitios donde se abrían pozos, no puedo aventurarme á caracterizar las otras rocas que no pertenecen á la clase de aquellas que son simplemente graníticas.

El mica puro se encuentra por doquier, ora solo, ora adherido á otras rocas, y forma así diferentes variedades de granito que un geólogo clasificaria segun sus principios, y que ilustraria sin duda la geología del Yoruba. Sácase hierro de Abeokuta, de Isehin, de Isokun, junto al rio Ogun entre Isehin y Oyo, de Ilora, inmediato á Oyo, y de Saki, á cuatro jornadas al Nordeste de Oyo.

El pueblecito de Isokun parece que es el más célebre y sus alrededores tienen fama de ser los más ricos en mineral de hierro. Hemos visitado detenidamente las fundiciones establecidas en el lugar.

Se han excavado algunas galerías poco profundas y de escasa longitud, de las que se ha extraido algun mineral, no permitiendo más los instrumentos de que podia echarse mano. Cuando empezaron, los indígenas no sabian sacar partido del mineral.

Habría sucedido algun accidente en las minas, pues los negros declaran que ya no quieren ser enterrados vivos. Algunos que han estado en Sierra-Leona, han construido hornos y emplean carbon vegetal que en nada cede al europeo.

No abren ya galerías, pues los indígenas asustados han emprendido la fuga, y se contentan con poner en los hornos el antiguo mineral que sufrió ya la accion del fuego, pero imperfectamente, de modo que no se habia desprendido todo el hierro.

Los negros no ocultan su importancia para extraer el mineral de hierro que se encuentra en abundancia en el Yoruba, y esperan que los blancos vayan á enseñarles el modo de aprovechar esas riquezas ocultas.

Existen asimismo piedras calcáreas en la parte Norte del Yoruba, á pocas jornadas al Oeste de Ilorin.

La creta blanca no es rara: hay montes enteros de los que se extrae esta sustancia que se convierte en sagrada en manos de los fetiquistas y de las viejas brujas, que se sirven de ella para marcar la frente de los iniciados en los misterios del fetiquio.

El Yoruba, dicho sea de paso, no es riquísimo en producciones minerales: es preciso ir hasta el Hausa, de donde se exporta en abundancia la sosa, el cobre, la piedra fina para amolar, una piedra azul que usan las negras para adornarse las cejas, y una ágata de tres ó cuatro quilates, que es una fuente de riqueza para el país. Los collares fabricados en el interior son de un valor increíble, á lo menos aquellos cuya ágata de grano fino y cerrado es exclusivamente la gala de los reyes y príncipes.

Entre los riachuelos que surcan el Yoruba y van á echarse, unos en el Ogun y otros en el Oshun, hay algunos muy venerados en el país.

A orillas del Awon, que corre entre Isehin y Oyo, no se pueden comer batatas molidas, pues dicen los indígenas que el lecho del río, aunque medio seco, de tal modo se llenaría que desbordándose arrastraría al audaz que se atreviese á experimentarlo.

Odo-Ogun y Odo-je son los ríos predilectos de las mujeres. No tienen, como la fuente de Juvencio, el poder de rejuvenecer, pero dan la fecundidad á las mujeres estériles que se bañan en sus aguas. El hijo del milagro que nace á consecuencia de este baño, lleva el nombre del río, le está consagrado, y debe seguir puntualmente las obligaciones impuestas por los sacerdotes de las ondas sagradas.

El río más notable de la parte oriental es el Oshun, que se echa en la laguna de Epe.

Uno de sus afluentes pasa á seis ó siete leguas de Ogbomocho y se llama río del rey. El curso de agua que conserva el nombre de Oshun se dirige hácia el Este, pasa junto á llecha, capital de los Ijechas, y se divide en varios brazos que conservan el mismo nombre en su caprichoso curso.

XIII.

EL PEÑASCO DE ADO.—EXCURSION.—EL YORUBA VISTO DESDE LA CUMBRE DEL ADO.—CAZA FORZOSA.

Partimós de Isehin á la una de la madrugada para tomar el camino de Ese-Ado (piés de Ado). El sendero es regular en muchos puntos, pero hay tantos rodeos, peñas graníticas y masas abruptas echadas en el camino, pendientes y subidas, que es bastante difícil la marcha. El paisaje, sin embargo, es de los más variados: gargantas profundas, extensísimas llanuras y picos peñascosos con algunos árboles hacen muy buen efecto en el cuadro.

El gran peñasco de Ado aparecía oculto, disimulado en lontananza y dibujando poco á poco sus colosales proporciones. Por la parte Norte lo flanquean gruesas rocas desprendidas que forman valles angostos y profundos sumamente pintorescos.

Al pié del monstruoso peñasco encuéntrase un pueblecito de sesenta á setenta casas, en donde se nos ofreció la más generosa hospitalidad. Este pueblecito en formación es parte de un gran pueblo llamado Lawaiyé, distante pocas leguas y asolado por la guerra.

Dijéronnos que el peñasco de Ado, que tiene más de novecientos piés de altura, está habitado en su cumbre. Nos resistimos á creerlo, pues ¿qué podía hacerse en un peñasco á pico y árido? Resolvimos poner en claro la cuestión.

A las once tomámos un pedregoso y peligrosísimo sendero, de pendiente rápida y sin vegetación. Tomámos á la derecha, y proseguímos nuestra exploración.

Con gran sorpresa descubrimos un pueblecito de cuarenta casas enteramente oculto tras un recodo del peñasco.

Los indígenas nos observaban y parecían más asombrados que nosotros. Los niños y las mujeres, que raras veces bajan á la llanura, estaban absortos y nos examinaban con entusiasmo.

Preguntámos por el rey.

—¡Oh! el rey no está en este pueblo, sino en el segundo.

Había, pues, otro pueblo más encumbrado, en otra meseta. Andando, andando descubrimos una inmensa cisterna en la que nunca falta agua potable. Franqueámos un último peñasco, y penetrámos en un nuevo país.

Hay allí una capa de tierra bastante espesa, verde césped, árboles, arbustos, carneros, cabras, gallinas, pájaros, palomos, y hasta un caballo, cuya presencia en tal lugar nos deja estupefactos; nada les falta á aquellos felices montañeses.

Entrámos en el segundo pueblo precedidos de la población válida del primero, que nos hacía estrepitosa escolta. El rey se preparaba. Para que tuviésemos paciencia, nos ofrecieron en abundancia cerveza del país, que cada cual apreció bajo el ardor de su sol abrasador.

Había sido muerta una magnífica cierva, y ofrecida al fetiquio, al que se consultaba cuando nosotros llegámos.

El rey protegido por sus fetiquios, estaba rodeado de un centenar de hombres que habían asistido á los misterios de Ifa. Saludónos con muchas demostraciones de amistad, y nos hizo entregar un cesto de cauríes y una magnífica cabra. Obsequiónos además con cerveza y carne de mono.

No acabábamos de dar crédito á nuestros ojos; pues ¿cómo explicar que una población de más de mil habitantes prefiera vivir en un peñasco árido, á más de novecientos piés sobre el nivel de la llanura, á una existencia dulce, sin fatiga, á la que puede aspirar todo negro que quiere cultivar un campo de batatas ó de alcandía?

Sólo la guerra puede ser causa de esta anomalía: el temor de ir á figurar como esclavos en los mercados del Dahomey ha confinado á esos infelices en la cumbre de un peñasco verdaderamente notable, pues se necesitarían más de diez horas para darle la vuelta.

Desde lo alto de este observatorio sin semejanza en todo el Yoruba, descubrimos fácilmente las andadas de Isehin y de Oyo, los bosques de Ibadan y las colinas al Este de Ilorin.

Satisfechos de nuestra laboriosa excursión, volvimos á nuestra cabaña rendidos de cansancio.

XIV.

ERUWA.—POSICION GEOGRÁFICA.—PROXIMIDAD
DEL DAHOMEY.

Desde los piés del Ado hasta Eruwa, esto es, en un trayecto de once á doce leguas, el país es bastante áspero. Horas y horas caminamos junto á colinas peñascosas, cortadas á hechos por gargantas profundas que hacen resaltar la asombrosa altura de esos graníticos peñascos. En más de un punto bloques enormes están yuxtapuestos de manera tan extraña y caprichosa que uno se perdería en vanas conjeturas para llegar á conocer la razon de tales caprichos. Esos bloques, equilibrados de un modo tan ligero, dejan estupefacto al viajero.

En el corto espacio de algunos kilómetros cuadrados hay allí unos veinte picos peñascosos, que parecen sólo accesibles á los monos y á las aves de presa. Llanuras bastante fértiles hacen contraste con el horrible aspecto de esos picos. Sin embargo, en una de estas mesetas está edificada Eruwa (*Ero*, peregrino; *wa*, sér), ciudad de algunos millares de habitantes, importantísima por su situacion; llave del Yoruba despues de Abeokuta, y punto de cita de todos los negros ávidos de hacer fortuna.

Esta via, en otro tiempo cerrada, está hoy abierta á todo el mundo: jóvenes y viejos, hombres y mujeres, forman caravanas que van de Abeokuta á Eruwa para cambiar los Productos europeos: sal, pólvora, plomo, aguardiente, tejidos, hilo, algodón, sables, etc., por productos del interior, como esteras, pepitas de pepino, enaguillas, tejidos indígenas, de la mayor variedad y muy buscados, sombreros de paja, volátiles, caballos, bueyes y esclavos. Es un vaiven continuo: desplégase en este gran mercado una actividad febril, que se ha apoderado de todo el mundo. Hay anhelo de enriquecerse á toda costa, para lo cual los negros se imponen privaciones y fatigas que harían de ellos unos héroes si tuviesen más noble objeto.

El negro no tiene otro sueño que enriquecerse; quisiera ser blanco, no para sustraerse á los desdichados destinos del pueblo negro, ó á la maldicion que pesa sobre él, sino para tener dinero, mucho dinero.

Sin embargo, hay que hacer al negro la justicia de que sabe reconocer los méritos del misionero y admirar su humilde abnegacion.

A media legua de Eruwa, en un valle profundo y angosto, los dos pueblecitos de Aborerin y Aruho no cuentan más de ochenta cabañas.

El Dahomey, verdadero azote del Yoruba, es sin disputa el enemigo más terrible y el único que constituye en toda esta region una amenaza permanente. Cinco días separan Aboney de Eruwa, y no se necesitan más para que se tema un ataque repentino.

XV Y ÚLTIMO.

UNA MISION CATÓLICA EN OYO.—ENSAYO DE PERSECUCION
EN ABEOKUTA.—CONCLUSION.

En el momento de nuestra llegada á Oyo el rey nos hizo magníficas promesas, y voy á referir cómo ha sabido cumplir su palabra. La víspera de nuestra partida el Padre superior pidió un terreno al rey del Yoruba, y viendo que el monarca se mostraba propicio, eligió un vasto terreno comprendiendo una magnífica meseta

propia para construir la casa, y una colina que termina en un riachuelo que pasará por la futura huerta de la Mision católica de Oyo.

Para no ser menos que los pueblos que hace años gozan del beneficio de la civilizacion, el rey nos hizo acompañar por dos embajadores que han seguido en Lagos al Padre superior.

La Mision de Oyo está ya fundada. Ante todo el rey desea que nos establezcamos en su capital: su orgullo de negro lo exige, y para lograr su objeto se impondrá sacrificios que muchos cristianos no se aventurarian á hacer.

En Isehin tambien nos aguarda el rey: allí quizá más que en Oyo, los principios y el resultado serian consoladores, pues la poblacion es más sencilla, el rey más fácil de contentar, y la política menos tortuosa.

Por confesion de todos los cristianos que hemos visto y oído, el pueblo mejor dispuesto á recibir la palabra de Dios es el de Ibadan. Sólo la gracia de Dios y un llamamiento particular pueden explicar este fenómeno en favor de un pueblo guerrero, expoliador é intrigante.

Es preciso reconocer que únicamente el Catolicismo puede regenerar á los infelices negros. La civilizacion incompleta que ofrece el protestantismo, no tiene fuerza para ennoblecer á los africanos.

Lo que necesita el negro mentiroso, impúdico, adúltero y vengativo, es una religion que tiene por base la verdad, la castidad y el perdon de las injurias. Una mezcla de religion cristiana, de paganismo mitigado, de supersticiones recibidas en todas partes, de tradiciones paternas, de poligamia sin freno, de prácticas ocultas, de aplicaciones secretas y abominables, semejante mezcla, digo, es incapaz para salvar á un pueblo que, ante todo, tiene necesidad de la verdad que ha conocido.

Nuestra presencia excitó los celos de los protestantes, y así aconteció que uno de los jefes de Abeokuta, imbuido por esos cristianos que prefieren el eclecticismo á la verdad pura, habia resuelto nuestra expulsion durante nuestra ausencia.

Apenas regresámos hice saludar á los que me constaba eran adictos á nuestra Mision: el rey, que habia resuelto despedirnos, se vió muy contrariado. Uno de nuestros protectores le tomó á parte en la casa de los ogbonis, y en su lenguaje figurado le dijo:

—No conviene eso: los ingleses son mentirosos, como lo prueban en los veinte años que residen entre nosotros; pero los católicos (*aguda*) no, no mienten. Rey, déjalos tranquilos. Los *agudas* aman á los negros, cuidan enfermos y rescatan esclavos; mientras que los ingleses no pretenden otra cosa que vender el país á los blancos.

Convencido ó no, el rey tuvo que callarse, y ayer hizo una visita oficial á la Mision. En esta circunstancia solemne ha jurado públicamente, en presencia de todos los jefes del país, no dejarse engañar, y con un abrazo á la oriental ha hecho olvidar al Padre los disgustos que le habia ocasionado.

¡El Africa! Su porvenir es de los católicos: la abnegacion, que nada puede reemplazar, ni siquiera el dinero, la abnegacion que crece entre los católicos, y el desinterés más completo, planta exótica entre los ministros protestantes, nos aseguran la conquista pacífica de esta parte del Yoruba que hemos escrupulosamente observado.

¡Ojalá que esas breves notas acerca del Yoruba hagan nacer en el corazón de celosos apóstoles el deseo de conocer más á fondo á esos pueblos paganos, de estudiar su lengua, sus costumbres y sus tradiciones, para remediar mejor sus necesidades y trabajar con más seguridad en su civilización cristiana!

OBRA DE CARIDAD.

De un periódico extranjero tomamos el siguiente artículo:



OMO todos los años, el 19 de julio del corriente visitamos la capilla de las Hermanas de la Caridad, recién restaurada, enriquecida con un precioso altar gótico, primorosamente tallado por uno de los más renombrados escultores de París, y

en ese día engalanada en honor del padre de los pobres, el bendito san Vicente de Paul. Fundó esta capilla, de orden compuesto, en que predomina el gótico, con sus vidrieras de colores y sus santos transparentes, la primer Superiora de las Hijas de la Caridad en el Río de la Plata, cuyo nombre se lee grabado en la piedra sepulcral que precede á las gradas del presbiterio.

La Hermana Berdoulat, del noviciado de París, hizo su aprendizaje heroico en Smirna, que es, por decirlo así, la línea avanzada de las legiones de la caridad francesa. Difundió en Turquía la luz verdadera entre los niños ignorantes y el consuelo cristiano entre los apesados, y vino á América á fundar colegios y capillas, á asistir, como en Oriente, á los apesados, muriendo en la demanda devorada por el celo de la casa del Señor.



YORUBA.—El gran peñasco de Ado. (Pág. 117).

Nosotros tuvimos la suerte de experimentar el influjo saludable de aquella alma benéfica y ardorosa, que consiguió identificar su familia espiritual con la nuestra, hasta el punto de que su ternura se manifiesta en la pila bautismal de los recién nacidos, al pie del altar de los que comulgan por primera vez, al lado de los que sufren; junto al sepulcro de los antepasados, abierto algunas veces desde que sus sonrisas se confunden con nuestras sonrisas y sus lágrimas se mezclan con nuestras lágrimas. La veneración por el padre y el amor por los hijos nos congregan frecuentemente en sus capillas, asilos y colegios, que han sido el semillero de todas las sociedades caritativas de señoras existentes en el país, descontada la oficial de Beneficencia. En este aniversario compartimos la atención entre la ceremo-

nia religiosa, el santuario resplandeciente, el coro que cantaba las alabanzas del Altísimo, el Prelado que hablaba desde el púlpito, y el diácono y subdiácono, que acompañaban al celebrante, ambos de tez morena, de expresión decidida en los ojos y luengas barbas en el rostro.

Los que arrastran la existencia por el mundo, y, caedizos, pagan tributo á las pasiones, si son capaces de comprender y amar la virtud, retrogradando al tiempo dichoso en que eran buenos en limitada medida, aceptan con cristiano regocijo la hospitalidad benévola y ejemplar de aquellos de sus hermanos que supieron vencer las malas inclinaciones. Obedeciendo á este sentimiento fuimos ese día á buscar la paz momentánea del alma, parecida al armisticio de la guerra, en la man-

sion modesta de los hijos de Vicente de Paul, donde volvimos á encontrar los sacerdotes tostados por el sol que contempláramos en la capilla inmediata.

Un involuntario movimiento del corazon nos acercó á los PP. Fernando Terrien y Luis Boutry. Poseyendo el don de lenguas, comun á los que deben bautizar en todas partes en nombre del Padre del Hijo y del Espíritu Santo, y esa especie de fluido magnético de la simpatía, poco despues de haberles estrechado la mano conversáramos en español como si fuésemos antiguos amigos.

El primero, oriundo de la Bretaña que debe su nombradía á la fe, militó en Roma como voluntario del Papa, antes de consagrarse á Dios. Adjudica el honor de figurar entre los misioneros católicos á la diaria bendicion que le concedia Pio IX al entrar ó salir del Vaticano. El segundo, nacido en Normandía, no recuerda haber tenido otra vocacion que la eclesiástica. Ambos han predicado el Evangelio en África durante seis años, hasta que, debilitados por las fiebres endémicas, regresaron á Europa á restablecer las fuerzas perdidas para tornar otra vez á sus apostólicos afanes. Corresponsales el uno y el otro de algunos institutos geográficos de Francia, han recibido de la Sociedad de las Misiones Africanas el encargo de recorrer ambas Américas, recolectando fondos destinados á costear la educacion especial de los jóvenes que aspiran á seguir las huellas, no borradas por el tiempo, del señor Bresillac.

Es necesario, nos decia el P. Terrien, organizar las cosas de manera que las filas abiertas por la muerte, sean cerradas por la vida.

Los misioneros de África, cuando no son arrebatados por las epidemias, apenas pueden permanecer tres ó cuatro años en aquellas inhospitalarias regiones. Como los monjes del monte San Bernardo aniquilados por la rarefaccion del aire, como las Hermanas de la Caridad consumidas por la fiebre de los Hospitales, ellos pagan el tributo de aclimatacion á los ardores sempiternos del sol, á las emanaciones palúdicas de los pantanos, al rocío de las noches pasadas á la intemperie, bajo el pabellon del cielo ó mal defendidos por los árboles, cuya sombra trae á la memoria la mortífera del famoso manzanillo de la India.

Cuando pueden decir que disfrutan de comodidad, habitan chozas formadas de bambúes y hojas de palmera. Desde que el misionero deja á la espalda las costas europeas, queda como encerrado en una especie de paréntesis formado á la civilizacion por la barbarie del hombre á la inclemencia de la naturaleza. Solamente el que sabe mirar hácia arriba, puede encontrar en la contemplacion del cielo estrellado la esperanza de una vida mejor despues de los días breves de su trabajosa existencia.

Á principios de 1856 un obispo, joven todavia, el Sr. Bresillac, llegó á Roma, despues de doce años de Mision en las Indias orientales, con la idea de consagrar sus desvelos á los pueblos más abandonados del Africa. Creia él que las naciones europeas (olvidaba las americanas) tenian una gran deuda que pagar á esos pueblos, en los cuales, durante largos años, habían hecho la trata de esclavos en favor de sus colonias intertropicales. La Santa Sede entendió que un Obispo y algunos sacerdotes aislados no podian emprender con fruto Misiones de esa importancia, y le sugirió la idea de formar una asociacion que seria su ejército de reserva.

El Sr. Bresillac concibió inmediatamente el proyecto de fundar el Seminario de las Misiones Africanas, con asiento en la ciudad de Lyon, y el 8 de diciembre de 1856 dedicó á Nuestra Señora de Fouvrieres las primicias de la Sociedad, que en seguida tomó sobre sus hombros el vicariato de Sierra Leona. El Sr. Bresillac envió dos Padres en el mes de diciembre de 1858, y él mismo partió, en direccion á Free-Town, en marzo del año inmediato, acompañado de otro sacerdote y de un hermano laico. A la sazón la villa pasaba por las tribulaciones consiguientes á una epidemia devastadora. La muerte se ensañó en dos de los sacerdotes y en el hermano, y el santo obispo y su vicario, despues de sepultar todos los cristianos, sucumbieron en el intervalo de un día á otro.

Pio IX bendijo á los aspirantes del Seminario de las Misiones africanas, cuando conoció su inalterable resolucion de proseguir la empresa de su esclarecido Fundador. El 5 de enero de 1861 embarcáronse para Dahomey esos valerosos adalides de la fe cristiana. Reina en este país el espíritu de las tinieblas; la degradacion moral, por tanto, llega á los últimos límites, impulsada por el más grosero fetiquismo. La serpiente, el rayo, la muerte y los ídolos inventados por la ignorancia, son sus dioses. La sangre debe manchar la tierra casi todos los días que el sol la alumbra. Veinte años consecutivos vieron perseverar el apostolado de los misioneros, combatidos por el clima hora por hora, y por las epidemias de tiempo en tiempo.

Las fatigas y las fiebres mermaron los soldados de Cristo, sin conseguir hacerlos volver el rostro al peligro constante. Mientras tanto, los hombres endurecidos por la práctica de la idolatría, rara vez se dejaban convencer, pero no se negaban á confiar sus hijos á los blancos benéficos. La Sociedad no contaba entonces sino con una sola Mision. La Santa Sede le ha confiado despues la direccion de un vicariato y de cuatro prefecturas apostólicas en la costa de Benin, el Dahomey, las orillas de Ivoire, la costa de Oro, el Níger y una parte del Delta egipcio.

Novcientos cuarenta niños frecuentan las escuelas de la costa de Benin. Estos establecimientos constituyen la base del apostolado. La nueva generacion cristiana está llamada á establecer la unidad de la familia, quebrantada por la poligamia. En Lagos, llamado el Liverpool de África, existen una hermosa iglesia gótica, dos escuelas de niños y un colegio de catequistas y profesores. Los misioneros han tenido que luchar en Puerto-Nuevo á brazo partido con el fetiquismo y el mahometismo. Buena parte del desarrollo moral que felizmente han conseguido se debe á un grupo de abnegadas religiosas, consagradas á la educacion de las niñas, que han seguido los pasos del Sr. Bresillac. San José de Topko puede considerarse todavia como un simple ensayo de colonia agrícola.

La evangelizacion de Abeokuta, tanto tiempo suspirada por los apóstoles africanos, está en la vía de llevarse á cabo, porque los primeros catequistas han sido perfectamente acogidos. El aspecto de esta region cambiaria en poco tiempo si los católicos europeos favorecieran el establecimiento de escuelas agrícolas. La estancia en Agué de los misioneros de Dahomey se remonta al año 1874. Mucho han tenido que luchar contra la ignorancia de las masas y el desórden que en ellas introducen algunos libertos del Brasil, que ado-

ran todos los ídolos imaginables, á pesar de llamarse cristianos. Dos escuelas de ambos sexos y dos boticas, administradas por los Padres una, y por las Hermanas otra, facilitan medicinas de diverso género á las almas y los cuerpos enfermos. Preocúpanse los infatigables obreros de aumentar las escuelas y de extender su accion á la Costa de Oro y á las orillas del Ivoire, en el Niger. Llámánlos desde allí las compañías de comercio inglesas y francesas, que tratan de ganar riquezas donde ellos tratan de ganar almas. Pretenden multiplicarse tambien en el Delta egipcio, que con su poblacion de fellahs clama por la luz del Cristianismo, que guió á Oriente á los cruzados, y que las Órdenes religiosas han mantenido encendida desde entonces en los pueblos del litoral.

El estudio práctico de la agricultura y de las artes y oficios principales, será tambien un don fecundo en bienes de todo orden para aquel pueblo laborioso, tal vez destinado á conocer y amar al verdadero Dios, una vez que el bienestar del trabajo correspondido le convida á meditar en quién se lo ha proporcionado.

Hé ahí el resumen de nuestra conversacion con los Sres. Terrien y Boutry, que acababan de referir al Emperador del Brasil, desde el púlpito de la capilla de Petrópolis, esta maravillosa historia de las Misiones africanas. Conservan los Padres entre los recuerdos de su estancia en Africa un diccionario y una gramática de la lengua nago, como tambien una abundante coleccion de fotografías, de gran precio para la historia, la geografía, la pintura y el grabado.

Las costas de Guinea, los edificios de las ciudades del interior, los templos de la Serpiente y de la Muerte, la estampa de los naturales en su salvajismo primitivo, el retrato de los mismos despues de evangelizados, las fiestas populares del fetiquismo, los sacrificios humanos, los funerales de la muerte, las danzas nacionales, las amazonas, el martirio de un misionero negro crucificado en un árbol, especie de Prometeo africano con las entrañas despedazadas por los buitres, pasan delante de los ojos con la rapidez de las imágenes de un mundo fantástico, entrevisto en la region de los sueños, al ojear las páginas de esos libros preciosos, en que el lápiz y la fotografía suplen con las figuras la elocuencia de los misioneros, publicadas en los *Anales de la Propagacion de la Fe*.

Dominan esa tierra ingrata, sombreada de trecho en trecho por el corpulento baobal, con más murciélagos que hojas en las ramas, la cruz como símbolo de amor y de dulzura, y el misionero como encarnacion real de la piedad cristiana, que invade los desiertos y los aduares de los salvajes, llevándoles con la fe el bienestar y la civilización.

Si la Europa no se preocupa de afianzar esa cruz y de multiplicar esos misioneros, antes de un siglo el Africa será musulmana. Para evitarlo, hasta la fecha, Francia ha dado lo más: ha dado sus hijos. Ahora le toca al mundo dar lo menos: su dinero. No hablamos á los egoístas, para los cuales es lo mismo que un hombre viva desnudo que vestido, en el error que en la verdad, envuelto en la sombra letal de la ignorancia que baña por la luz vivificante de la sabiduría.

Hablamos con los que, á pesar de reputar á sus hermanos felices en la miseria, quieren sacarlos del corrompido muladar y conducirlos al campo aereado; con los que á pesar de considerarlos innacesibles á la

virtud y á la cultura, pretenden llevarlos de la oscuridad á la luz, del cautiverio á la libertad, de la muerte á la vida. Los misioneros que penetran en zonas desconocidas, que desecan los pantanos, que abren camino al comercio, que sirven á las ciencias y á las artes, merecen ser acogidos por los que viven dominados por el espíritu práctico del siglo; los evangelizadores que penetran en regiones conocidas del cólera y de la fiebre amarilla, del fetiquismo y de los sacrificios humanos con el único intento de sacar la criatura racional de la abyeccion, de la idolatria y del culto de la sangre, convirtiendo por el bautismo y la libertad al esclavo en hombre, merecen, sin reserva de ningun género, las simpatías de los que viven preocupados de la locura sublime de la cruz.

En una palabra: la Sociedad de las Misiones africanas merece la más decidida proteccion; tanto de los que se ocupan constantemente del bien material de los pueblos, como de los que se afanan incesantemente por el bien espiritual de la humanidad; es decir, merecen la proteccion de todos, porque su obra civilizadora enlaza los intereses pereceros de la tierra con las aspiraciones inmortales del cielo.

LA TRATA DE NEGROS,

POR EL P. BOUTRY, DE LAS MISIONES AFRICANAS DE LYON.

I.



LÁMASE trata de negros al abominable tráfico que varias naciones mantenian, arrebatando ó comprando á los infelices habitantes del Africa; reduciéndolos á la esclavitud ó llevándolos á diferentes regiones de América para ser vendidos como bestias ó mercancías.

Este azote, que ha desolado el África, degradado por mucho tiempo á la Europa y ultrajado á la humanidad, comenzó en las naciones europeas hácia fines del siglo XV.

Cuando los españoles descubrieron el Nuevo Mundo, ansiosos de explotar las numerosas minas de oro que hallaron, intentaron sujetar á ese penoso trabajo á los naturales del país. Pero esto no dió buen resultado.

Acostumbrados éstos á vivir al aire libre, y á llevar una vida cómoda, dividida entre un pequeño cultivo, la caza y la pezca, sucumbian á millares tan luego como se les sujetaba á trabajar en las entrañas de la tierra. Sus amos se vieron, pues, forzados á sustituirlos con negros, que iban á buscar á las costas africanas.

Cuando se fuéron agotando las minas, haciendo innecesaria parte de los desgraciados obreros negros, se los aplicó á la agricultura.

De esta manera las primitivas tribus de aquel suelo, aniquiladas por los malos tratamientos y por el excesivo trabajo, vinieron al fin á ser reemplazadas por la robusta raza africana, más dócil para soportar la esclavitud y más propia para servir de instrumento al despotismo de los europeos.

Tal es el origen vergonzoso de la trata.

El ejemplo de los españoles fué contagioso.

Ora por cuenta suya, ora por el servicio de las demás, las diferentes naciones europeas se entregaron todas al tráfico de suizos.

Durante muchos siglos se vió á millares de bajeles,

apellidados *negreros*, abordar á las costas de África, desde el Senegal hasta el Cabo de Buena Esperanza y aun más allá.

Para formar un cargamento de carne humana echaban mano de la astucia, de la violencia, instigados por el deseo desenfrenado de la ganancia.

Y cuando los europeos no se entregaban por sí propios á la caza de negros, los mismos indígenas se encargaban de hacerla por su cuenta y para su provecho.

Segun relatan todos los viajeros y los europeos que residen en las costas africanas, es cosa averiguada que, desde que comenzó la trata, la mayor parte de las guerras fratricidas, que unas tribus hacen contra otras, no tienen más motivo ni otro fin, sino hacer esclavos, para proveer á los pedidos de los *negreros*.

Y así, es una verdad que la experiencia cotidiana viene á confirmar, que á medida que aumentan los pedidos de los *negreros*, se multiplican esas guerras. Y aun se ha descubierto que algunas tribus, como la de los *aschantes*, no conocen otra industria más que la de hacer la guerra á sus vecinos, para procurarse esclavos.

Los *bissagotes* tienen, como otras muchas tribus africanas, una pasión extrema por el aguardiente. En el deseo de procurárselo, el más débil es presa del más fuerte.

En cuanto aparece un buque *negrero* el padre le vende sus hijos; y si un hijo puede amarrar á su padre y su madre, los conduce á bordo del bajel, donde le dan en canje aguardiente.

Un gobernador inglés de San Luis, con el fin de conseguir esclavos excitó á los *moros* contra los *onaleses*. Los proveyó de armas, municiones y demás pertrechos necesarios; y en el término de dos años el país de *Onalo* fué devastado: la muerte y la esclavitud concluyeron con su poblacion.

Otro inglés director de la Compañía del Senegal, hizo saber al rey de los *yolofes* que acababa de recibir de Europa un *surtido de trata*. (Con ese nombre genérico se denominan las telas, quincalla y demás objetos que los *negreros* ofrecen en cambio de esclavos). Inmediatamente ese rey hizo la caza á sus propios súbditos, recorriendo las aldeas, acompañado de gente armada, y apoderándose de todos los infelices, propios para la trata, que no lograban huir bastante aprisa.

Cuando hubo reunido unos trescientos avisó al *director* que ya tenía *mercancia*.

Este se presentó luego al rey para concluir el trato. El monarca africano recibió el precio convenido; pero no quedó satisfecho, porque ambicionaba otros objetos de Europa, expuestos á su vista, y ya no tenía más hombres para cambiar.

El *director* le ofreció entonces venderle á fiado esos objetos, hasta la cantidad equivalente á otros trescientos negros, con la condicion empero de que se le permitiera ir él mismo con su gente á tomarlos.

Temeroso sin duda de algun oculto lazo, el rey bárbaro se negó á ello.

Lo que se hacía en el Senegal, se practicaba igualmente en proporciones enormes en toda la costa occidental africana.

Aun al presente el terrible rey del Dahomey, con su batallon de *amazonas* (mujeres crueles y sanguinarias) lleva cada año la guerra á las tribus vecinas; y concluida ya, divide en dos porciones los prisioneros: una para los sacrificios en honor del dios de la guerra;

otra que se vende en las plazas públicas en diversas ciudades de la costa.

Segun los datos estadísticos más exactos, el número de negros, hombres y mujeres, arrebatados para la trata desde 1768 hasta 1827, asciende á ciento veintiun mil por año: que en cincuenta y ocho años representa un total de siete millones y cuarenta mil.

En este cómputo no se incluyen los desdichados negros, víctimas de la guerra, que la trata fomenta entre los pueblos del África.

Como la trata europea ha durado más de tres siglos, y que en ciertas épocas ha sido más activa y más general aún que hoy día, se queda como muy atrás de la realidad, afirmando que desde el descubrimiento de América, las naciones europeas han reducido á esclavitud, sin más derecho que la fuerza, más de treinticinco millones de criaturas humanas.

II.

LOS ESCLAVOS.

El ser arrebatado á sus familias y á su suelo natal, no es sino el comienzo de los padecimientos para los esclavos.

Conducidos con la cadena al cuello desde el interior á los puertos de embarque, se les encerraba en un depósito ó baño, hasta que el *negrero* habia completado su cargamento de carne humana.

Llegado el momento de la partida, se los conducia bien amarrados á su prision flotante.

Hé aquí la descripcion que hacen testigos oculares de esta nueva mansion, donde se veian encerrados esos desgraciados:

«En los buques en que más espacio se concede á un esclavo adulto, ocupa éste cinco piés y una pulgada de ancho, con una altura mayor ó menor, pero que no le permite nunca estar de pié, y ni aun á veces sentado. Y son muy pocos los buques en los cuales se otorga tanto espacio á un negro.

«En la mayor parte de ellos se ven obligados á mantenerse echados de costado, replegados sobre sí mismos, sin poder extender sus miembros.

«Desnudos y tendidos sobre una dura tabla, maltratados de continuo por las sacudidas del navío, su cuerpo se cubre luego de dolorosas lastimaduras, y sus miembros son magullados y desgarrados por los hierros que los sujetan unos con otros.

«En estas condiciones permanecen durante viajes de mil quinientas y mil ochocientas leguas. Cuando por efecto del tiempo malo, la mar agitada obliga á cerrar la escotilla, sus padecimientos son horribles. Apiñados y casi amontonados, las violentas sacudidas del buque los golpean unos contra otros, y se sofocan en aquel calabozo bajo la temperatura de la zona tórrida y con las exhalaciones infectas que sus cuerpos ulcerados despiden.

«Esos miserables, encerrados así en número de cuatrocientos ó quinientos en tan estrecho é inmundo recinto, exhalan gritos desgarradores, á los cuales permanece insensible el *negrero*.»

En setiembre de 1825 el Comodoro inglés Bullers visitó cerca de la ría del viejo Calabar, capital del pequeño reino africano de *Quon*, un navío portugués, que tenía á su bordo setecientos negros destinados al Brasil.

Los varones, en número de quinientos cincuenta, es-

taban encadenados de dos en dos; unos de los brazos, otros de las piernas y muchos del cuello. El olor que salía del lugar donde estaban amontonados confusamente aquellos desdichados, era tan infecto y nauseabundo, que el oficial inglés apenas pudo resistirlo un instante.

El mismo Comodoro habla de otro buque, cuyo capitán, después de completado su cargamento en el Viejo-Calabar, amontonó encadenados de dos en dos á los esclavos en la sentina, é hizo cerrar sobre ellos las escotillas durante toda la noche.

Al siguiente día por la mañana cincuenta negros estaban muertos de asfixia. El capitán contemplando con indiferencia ese espectáculo, los mandó arrojar al mar, y volvió á la costa para completar el cargamento sustituyendo los muertos con otros cautivos.

Otro navío, el *Diana*, fué capturado por el capitán Woolcombe en las costas de África, quien describe así el estado en que lo halló:

«Entre todos los bajeles negreros que he abordado, el *Diana* es el que he encontrado en más deplorable estado. El mal olor que provenía del desaseo del buque y de las fétidas exhalaciones de tantos cuerpos humanos, encadenados de dos en dos y amontonados en un espacio muy reducido, era verdaderamente intolerable.

«La viruela, que se había declarado y hacía estragos entre esos infortunados seres, venía á agravar sus males.»

Todos estos horrores y muchos otros, que se han descubierto en buques apresados, no son más que una mínima parte de los que cada día se cometen en otros navíos.

Por los papeles hallados á su bordo se tiene conocimiento que cerca de una cuarta parte de los desdichados negros morían durante la travesía.

En la petición que los comerciantes franceses dirigieron á las Cámaras en enero de 1826, pidiendo la supresión de la trata, constatan que, según documentos fidedignos, los capitanes de bajeles negreros arrojaban al mar *cada año* más de mil quinientos esclavos vivos, pero demasiado enfermos, de resultas de los padecimientos sufridos, para llegar á su destino con utilidades para sus amos.

¿Y en qué estado se encontraban los que sobrevivían, cuando eran desembarcados en el suelo americano? ¿Cómo eran tratados al pasar á poder de los plantadores? A esta pregunta viene á contestar una expresión proverbial, conocida de todos: *ser tratado como un negro*. La triste elocuencia de esta frase resulta de una serie de actos tiránicos, de que están llenos los anales de las colonias modernas.

Las naciones europeas y americanas han contraído una gran deuda para el África; porque practicando la

trata de negros han abusado de una superioridad de que son deudoras al Cristianismo.

Han mediado tratados, en virtud de los cuales las naciones civilizadas se obligan á renunciar á este tráfico infame. Pero estas convenciones no ligan sino á los pueblos cristianos; y ese comercio vergonzoso continúa aún hoy entre los pueblos infieles, sobre todo entre los musulmanes.

Por eso las naciones cristianas, mientras no logran hacer entrar á los pueblos bárbaros en esos tratados humanitarios, deben esforzarse en suplir tan sensible defecto, cooperando en la medida de sus facultades á la redención de los esclavos por la limosna en favor de las sublimes instituciones religiosas, que se han impuesto tan hermosa misión.

CRÓNICA.

Roma.—En el próximo venidero mes de febrero la sagrada Congregación de *Propaganda fide* confía poder dar á luz el primer *Anuario* de las Misiones católicas. Será desde luego un libro preciosísimo que se mejorará todos los años con las adiciones que la experiencia y los consejos determinen. El *Anuario* de las Misiones será redactado en lengua latina, que es la lengua de la Iglesia, para que pueda ser leído y comprendido en todos los países. Contendrá lo primero de todo un brevísimo resumen histórico acerca de la fundación y de las vicisitudes de la Misión de todos los países donde aquellas existan, y de todas las provincias donde existan vicariatos y prefecturas apostólicas; después las indicaciones de sus confines, de la lengua que se habla, del clima, del Gobierno y de la población, distinguiéndola entre los paganos, herejes ó católicos, en todos los vicariatos ó prefecturas; añadiendo al fin el nombre del vi-

cario ó prefecto, el número de los misioneros, de las Hermanas y de los catequistas; de los distritos y de las cristiandades; de los Institutos católicos de educación, de instrucción y de beneficencia y otras noticias de la misma índole; por todo lo cual esta publicación anual de la *Propaganda* revestirá gran interés, no solamente bajo el punto de vista eclesiástico, sino también en el de la historia, de la geografía y de la estadística.

—El nuevo embajador de Portugal cerca de la Santa Sede, Sr. Marten Ferrao (antes Procurador de la Corona en Lisboa), ha presentado sus cartas credenciales de un modo solemne al Sumo Pontífice. Luego se reanudarán las negociaciones para arreglar la cuestión del patronato regio portugués en las Indias orientales y especialmente la otra cuestión relativa á la jurisdicción del arzobispo de Goa.

Sobre esto llegan ahora á la Santa Sede continuas



MADAGASCAR.—Malgaches encadenados. (Pág. 458).

instancias nutridas de centenares de firmas de católicos de las Indias, hasta de goanos, que piden al Papa la supresion de la doble jurisdiccion en las Indias orientales; de la cual he tenido ocasion de hablar muchas veces.

—Con ocasion del nombramiento del nuevo ministro de Negocios Extranjeros del reino de Italia en la persona del general de Robilant, se han reavivado las aspiraciones de este Gobierno por su interés político, en cuanto á las Misiones católicas que existen en Oriente y en Africa por misioneros de nacionalidad italiana. El general de Robilant ha expedido ya circulares á los agentes diplomáticos y consulares italianos en el exterior, para que dispensen gran proteccion y usen de la mayor cortesía con nuestros misioneros. Mas la Santa Sede no está dispuesta de hecho á consentir y aceptar este ambicionado protectorado sobre las Misiones, del Gobierno del rey Humberto.

—Los Franciscanos expulsados del histórico convento de Ara-Coeli, han podido reunirse en una nueva forma que no cae bajo las leyes de supresion de las Ordenes religiosas. Han establecido, cerca de San Juan de Letran, un gran colegio destinado principalmente á los religiosos de la Orden que se consagran á ejercitar el apostolado en las Misiones. De esta suerte seguirán floreciendo la virtud y la ciencia en los conventos, á pesar de los esfuerzos de la revolucion.

—Leemos en un periódico:

«La sagrada Congregacion de *Propaganda fide*, con letras de 8 de abril del presente año de 1885, hizo saber al reverendísimo Padre Ministro general de toda la Orden Franciscana, que el Santo Padre, felizmente reinante, Leon XIII, con breve, en la audiencia habida el 15 de marzo último con el Ilmo. y Rmo. Sr. Domingo Jacobini, arzobispo Tirenses, como tambien al señor Secretario de la sagrada Congregacion, para más y más excitar la piedad de los fieles de todo el mundo hácia la Mision Franciscana de Tierra Santa, concedió especial bendiccion apostólica á todos y cada uno de los fieles que con sus oraciones, limosnas y otras obras piadosas, se esforzaren en aumentar y promover su incremento.

«Anunciamos todo esto con grato placer á todos nuestros hermanos, especialmente á los Comisarios de Tierra Santa, á todos los diarios católicos, y Directores de la Orden Tercera; como tambien llamamos la atencion sobre aquellas eximias gracias que la Santidad de Nuestro Señor Padre Pio VI, en su siempre vigente Constitucion dada el dia antes de las kalendas de agosto de 1778, que empieza *Inter cetera divinorum*, concedió á los bienhechores de Tierra Santa.»

Italia.—De una correspondencia romana del periódico católico aleman *Germania*, sacamos los siguientes apuntes históricos sobre una excelente institucion napolitana, destinada á promover la causa del Cristianismo en China.

En 1724 un sacerdote napolitano, Mateo Ripa, volvió de China despues de muchos años de fatigas apostólicas en aquel país, llevando á cuatro jovencitos chinos, y concibió el noble proyecto de fundar en Nápoles un Seminario de estudiantes chinos é indios con el objeto de formar misioneros indígenas para el Asia oriental. El Papa Benedicto XIII y el Gobierno de Nápoles favorecieron calurosamente este proyecto, y el Semi-

nario Chino quedó abierto. Se dió permiso á los sacerdotes seculares europeos, que desearan instruirse en las lenguas y costumbres chinas é indias, de ingresar en el nuevo Instituto, pero á su propia cuenta y sin obligacion de dedicarse á la vida de misioneros.

Por otra parte, los estudiantes indígenas recibian la instruccion y formacion propias de misioneros gratuitamente, para cuyo objeto el Tesoro Real habia concedido la suma anual de 800 ducados (640 pesos).

En 1737, Clemente XII aprobó con bula especial una congregacion de sacerdotes seculares, cuyo fin debia ser la educacion de los alumnos chinos é indios, y aumentó las rentas del Colegio, al cual su fundador Ripa dejó tambien todos sus bienes.

El Colegio Chino quedó en pié en medio de todas las tormentas de guerras y revoluciones del fin del siglo pasado y principio del presente. Antes bien, aun despues de la caida del reino de las Dos Sicilias, el nuevo reino de Italia respetó aquella Institucion, y declaró con decreto especial que no estaba contenida en la ley de supresion de las casas religiosas, ni sus bienes sometidos á la ley de *conversion*. Pero más tarde, desarrollándose siempre más el hambre de bienes eclesiásticos, el Gobierno se apoderó del Colegio con decreto real de 1869 y lo entregó al Ministerio del Interior. Se le mudó el nombre en el de Colegio Asiático; se alteró el curso de los estudios, y el objeto primitivo del fundador quedó enteramente frustrado. El Instituto donde se formaban antes unos veinte chinos é indios, para evangelizar más tarde sus tierras natales, es ahora escuela de Lenguas orientales y estudios afines á disposicion de los que se dedican al comercio ó á las ciencias.

Los superiores del antiguo Colegio Chino, sin embargo, no han cesado durante los últimos quince años de hacer valer sus derechos ante los tribunales del país. Ya su pleito ha pasado dos veces por toda la serie de tribunales, desde el llamado de Primera instancia hasta el de Casacion. Como los fallos han sido ya favorables á una parte, ya á la otra, ambas siguen apelando, y la causa sigue pendiente.

El corresponsal de la *Germania* espera que el deseo manifestado recientemente por el Gobierno italiano de proteger, para sus propios fines é intereses, las Misiones italianas en Asia y Africa, influirá en la decision final de la causa á favor del Colegio. Vana esperanza, segun nosotros. El cerbero italiano habrá devorado desde hace tiempo los bienes del Colegio Chino: no podrá menos, pues, de dictar á los cachorros de sus tribunales un fallo que lo absuelva tambien de este crimen.

Inglaterra.—Hace treinta años apenas se habia establecido allí la jerarquía eclesiástica, y hoy, no satisfecha con ganar diariamente terreno en el interior de las islas británicas, envia fuera misioneros para evangelizar á los paganos. Con este objeto se ha formado en Londres una asociacion bajo el patronato de san José, asociacion que ha fundado el colegio ó seminario de Mill-Hill, de donde los misioneros del sagrado Corazon saldrán para los puntos que se les designe.

Tres Misiones han sido encomendadas por el Papa á los sacerdotes del sagrado Corazon; la de los negros de los Estados-Unidos, la de la India y la de Borneo. Sólo en la América del Norte hay seis millones de negros emancipados, entre los cuales la mitad apenas profesan una religion cualquiera, y ¡qué religion!

Los misioneros ayudan al clero americano á convertir en cristianos á desgraciados salvajes envilecidos por la esclavitud.

En la India diez y siete misioneros del sagrado Corazon trabajan, no sin éxito, pero encuentran un enemigo formidable en la embriaguez, vicio nuevamente implantado entre los hindos.

En Borneo, el P. Jackson, prefecto apostólico y sus compañeros, realizan numerosas conversiones entre los dyaks, y sobre todo, entre los niños de estos bárbaros.

Kashmir (India oriental).—Una revista semanal, titulada *Indo-European Correspondance*, publicada en Calcuta por los Padres de la Compañía de Jesús, trae una carta fechada en Murrec (Karhir), que da algunos datos de las Misiones en la frontera del Afghanistan. El vicariato de Punjab, que se extiende por aquellas inmensas regiones, está á cargo de los Padres Capuchinos. El Ilmo. Tosi es el vicario apostólico. Entre otras estaciones, tienen la de Murrec, poblacion situada á la falda de las montañas vecinas al Kashmir, en cuya poblacion hay un colegio de niñas, dirigido por las Hermanas del Instituto de Jesús-María. La referida carta da cuenta de una interesante ceremonia que tuvo lugar en dicho convento el día de la Asuncion de la Virgen santísima. Quince educandas de aquel colegio se acercaban por primera vez á recibir el Pan de los Ángeles. El Ilmo. Tosi las preparó con fervorosa plática. Los padres de las niñas, que quisieron asistir á esta hermosa funcion, se deshacian en lágrimas. Para que quedase indeleble en el corazon de aquellos ángeles en carne la memoria de su primera comunión, el mismo señor Obispo hizo á cada una un pequeño regalo.

El colegio de San Miguel Arcangel, que así se llama el indicado establecimiento, cuenta ocho años de existencia. Comenzó por una mezquina casa y capilla, en la que podían apenas vivir unas pocas religiosas y contadas educandas. Gracias al celo, actividad y prudente economía de las Hermanas, y sobre todo de la madre Batilda, que es la superiora, ha prosperado en tanto grado, que es el edificio más capaz de Murrec, pudiéndose albergar en él más de doscientas colegialas.

Á más de este colegio, tendrá Murrec dentro de poco tiempo otro establecimiento aun de mayor importancia. El P. Jerónimo de Perusa, que puede muy fundadamente llamarse el Apóstol de Murrec, echó los cimientos del colegio de santo Tomás para la educacion de los jóvenes. El mayor Juan Walsk, oficial del ejército inglés, ha dirigido con acierto esta obra, que ya está tocando á su fin.

La reina Victoria, en el discurso de la Corona pronunciado en la última apertura del Parlamento inglés, dijo que el gobierno de la Gran Bretaña proseguía con constancia la obra de fortificacion de la frontera afgana para cerrar las puertas á la ambicion de la Rusia. Obra importante y trascendental es esta para aquellas Misiones, porque ¡ay de los misioneros y de los católicos si se viesen bajo la dominacion de los rusos cismáticos! mientras que bajo el imperio británico disfrutaban de libertad, y hasta cierto punto, de una proteccion relativa; y con esta circunstancia, pueden, por una parte, extender la buena nueva, y, por otra, contrarrestar el espíritu de proselitismo y la propaganda anticristiana de los protestantes.

En un P. S. dice la revista aludida, que ha muerto

el Marahja de Kashir, tan enemigo de los cristianos que jamás habia permitido á algun misionero que penetrase en sus dominios. Atendida la práctica de Inglaterra, es probable que, por ser incapaz de reinar el hijo mayor del difunto Marahja, envíe un tutor ó como se llama *a political Agent*, con lo cual, la desmedida ambicion británica adquirirá otro palmo de territorio, y Dios por este medio abrirá una nueva puerta al Evangelio.

Tung-king central.—El P. Juan Pagés, misionero dominico, escribia á su Padre provincial en diciembre de 1884:

Ya sabrá V. R. que los Superiores de la Mision me ordenaron trasladarme á este extenso partido de Ngaoc-Duo, en el cual, por la misericordia de Dios nuestro Señor, dador de todo bien, se halla tan pronunciado el movimiento de los pueblos infieles hácia nuestra santa Religion. Y como quiera que para poderlo secundar bien y llevar adelante la grande obra de mis dignísimos antecesores, era necesario conocerla bien y estar bien enterado de todo, y tambien por el grande afecto que tengo á estos nuevos cristianos, determiné ir á visitarlos en sus propios hogares, recorriendo todos los pueblos uno por uno. En efecto, en esta visita invertí más de dos meses consecutivos en medio de un calor abrasador, que se hacia más insoportable, por coincidir con una espantosa inundacion, y tener que viajar de un pueblo á otro embutido en estos vapores-transportes de caña, tan conocidos ya de V. R. en su memorable visita á estas tierras.

«Pues bien; ocupado en estas excursiones me hallaba, cuando llegó á mis manos el pliego, que contenia los Casos morales. Y en verdad, que no podía haber llegado en mejores circunstancias; puesto que en mi visita á estos pueblos me encontraba á docenas casos morales, que no me era posible resolver, por falta material de tiempo. Por lo cual, resolví meterlos en la maleta, con la esperanza de poderlos resolver, cuando regresara á casa. Mas, en este tiempo intermedio surgieron otros y otros negocios perentorios, que no me fué posible eludir: los cuales me robaron el tiempo, hasta que bajé á Phu-Nhai á la fiesta de la Purísima, nuestra amada Patrona. Celebrada la fiesta, entrámos en ejercicios espirituales, como es costumbre; los cuales concluidos, me subí solito por este río arriba, meditando y discurriendo acerca de la resolucion que debia dar á los casos morales, luego que llegara á casa. Pero el hombre compone y Dios dispone. Y en esta ocasion dispuso, que antes de llegar me dieran noticia de mayores enredos é impedimentos.

«En efecto: durante mi ausencia los franceses fueron en persecucion de algunas cuadrillas de piratas, que merodeaban por algunos pueblos infieles pertenecientes á este partido. Y, como todo lo llevaron á sangre y fuego, y no eran tampoco conocedores de los pueblos ni mucho menos de las circunstancias de lugares y personas, sucedió lo que no podía menos de suceder; y lo que regularmente sucede en casos semejantes: por lo general, pagaron justos por pecadores. Entre tantos pueblos como incendiaron, le cupo esta mala suerte á uno de cristianos, en el cual aquellos no perdonaron ni el templo del Dios vivo ni la casa del sacerdote, que habia mandado allá para el cuidado de aquel pueblo muy distante de esta cabecera. Con esta fechoría hemos perdido mucho prestigio para con los infieles;

los cuales se ríen y dicen que los franceses, á pesar de ser cristianos (para los infieles todo europeo es cristiano) tampoco respetan á las iglesias ni á los sacerdotes. De aquí el que ya comiencen á mirar con indiferencia, si no con desden, la religion cristiana y nuestra predicacion acerca de ella. ¡Triste consecuencia, por cierto, de los sacrílegos y escandalosos ejemplos dados á estos sencillos neófitos!

«Por lo demás, de los pueblos infieles se ha apoderado un terror pánico, y en tales términos, que algunos desahacen ó desarmen sus casas ó las venden á cualquier precio, y se marchan con sus mujeres é hijos á otras provincias, por temor de que los franceses vayan á sus pueblos y hagan con ellos lo que han hecho con sus vecinos. V. R. inferirá de aquí, que con estos trastornos políticos no puede menos de aumentarse el número de atenciones y cuidados del misionero. Y, por último, habiéndose estacionado ya los franceses en esta capital, y teniendo por necesidad que comunicarme con ellos, me veo precisado también á perfeccionarme algo más en el idioma francés: de este modo se me aumentan las ocupaciones. Cuando me halle algo aligerado de ellas, escribiré y remitiré á V. R. una relacion detallada de mis excursiones por estos pueblos.

«Entre tanto ruego á V. R. pida mucho á Dios, para que me conceda luces, acierto y paciencia; dignándose extender sus oraciones por las necesidades espirituales y temporales de estos pobres cristianos, que no esperan poco de las de todos los buenos católicos, para conseguir de Dios la paz y tranquilidad de que tan grave necesidad tienen.»

Cochinchina.—Han sido decapitados por los chinos el P. Domingo Iribarne, el P. Bao, el P. Han, el Padre Chatelet y tres sacerdotes indígenas.

El primero es un vasco-francés que nació el 8 de julio de 1859 en Osses (Bajos Pirineos), y el 24 de octubre de 1880 entró en el Seminario de las Misiones extranjeras después de haber cursado algunos años en un seminario diocesano. El 17 de febrero de 1883 recibió el sagrado presbiterado y partió para la Cochinchina oriental el 28 de marzo del citado año.

Hallábase en Quan-lan cuando comenzaron las matanzas y los incendios (19 de agosto): pudo refugiarse en Ba-Ma-hen, de donde pensó trasladarse á Saigon; aprendido en el camino, fué decapitado, y su cabeza llevada á la presencia del P. Bao, el cual por su mucha edad y sus achaques no pudo huir. Los asesinos cortaron la cabeza á este anciano misionero. También dieron muerte al P. Han. El P. Chatelet, compañero de Iribarne en la provincia de Phu-Yeso, ha sido muerto también con otros tres sacerdotes chinos.

Entre Hué y Dong-Son, en la provincia de Quang-Tri, han sido pasados á cuchillo siete mil cristianos y ocho sacerdotes indígenas.

Este es el resultado de la política republicana francesa en el Tung-king.

América septentrional.—De una correspondencia de Patagones tomamos lo que sigue:

«El Ilmo. Cagliero acaba de bautizar á dos jóvenes indios, de los cuales uno tiene 16 años y el otro 18. Uno pertenecía á la tribu de Namuncurá y se apellidaba Neycolas; el otro pertenecía á la tribu de Sayne, y se llamaba Canichuñan.

«Separados de sus familias que fueron disueltas, Neycolas y Canichuñan, lo propio que sucede á muchos niños y niñas indios, fueron cedidos á familias cristianas á las que ellos sirven en calidad de siervos.

«El Ilmo. Cagliero desde su arribo se puso en contacto con el pueblo, y por medio de las industrias que le sugiere su ardiente celo por la salvacion de las almas, llegó á conocer la existencia de estos dos jóvenes, y tras las informaciones más seguras resultó que los dos aún no habian sido cristianados. Dirigiéronse desde luego sendas peticiones á las familias para recabarlos algunas horas diarias á fin de instruirlos, lo que se pudo por fin conseguir.

«No entendiendo los neófitos el idioma español fueron confiados al P. Milanesio, que en sus reiteradas Misiones sobre el Rio Negro y á las faldas de las Cordilleras, ha tenido ocasion de aprender y hablar el habla india con la soltura necesaria para disponer á sus neófitos al bautismo, prepararlos á la confesion y á la comunión.

«Mientras en Cármen de Patagones el P. Domingo Milanesio instruía los dos indios, el celoso P. Remotti en Viedma se ocupaba en instruir á otro considerable número de pobres infelices que aun no conocen al divino Redentor.

«La puntualidad con que todos asisten á las clases de catecismo, la atencion que prestan á las enseñanzas y el deseo ferviente que abrigan de hacerse cristianos, facilitan no poco la tarea del misionero. Le aseguro que es un cuadro magnífico el ver á los corpulentos indios con los ojos fijos en el rostro del catequista recoger al vuelo sus palabras, repetir las con no poca dificultad y grabar en la memoria enseñanzas y oraciones completamente extrañas á sus conocimientos. A pesar de su edad son dóciles como niños á las indicaciones del misionero; se ponen de pié, se hincan, juntan las manos, se persignan y rezan, y esto por más de una hora seguida, sin dar nunca la menor señal de impaciencia. ¡Cuán dignos son de compasion estos pobres indios, y cuán admirable es el influjo de nuestra Religion sobre la mente y el corazón de los hijos del desierto, quizás menos corrompido que los hijos de la moderna civilización!»

Filipinas.—El telégrafo nos participa la muerte de Fr. Benito Romero de Madrilejos, obispo de Cebú, en las islas Filipinas, de la Orden de san Francisco, en la que habia desempeñado el cargo de procurador general.

Tanto la diócesis de Cebú como la Orden de san Francisco en España, han tenido una pérdida muy difícil de reparar en la persona de este celoso Prelado é infatigable misionero.

EL MISIONERO JESUITA SAN FRANCISCO JAVIER.



Hí está, sobre la cubierta de un buque portugués, fija la mirada en Oriente, país de los tesoros del mundo para con sus compatriotas y de los del cielo para él. La tripulación, como todas, jugando, blasfemando, jurando, entreteniéndose con fabulosas historias de libros de caballería, cuando no con relaciones aún más admirables y verdaderas de portugueses conquistadores de la India, que tenían por esclavos á *nababs*, cubiertos de oro y pedrería, y posadas en su camino como gigantescos templos de Ellora

y de Salsetta, los héroes recordados por Barros y Couto, los cantados por Camoens, los que llevados de una á otra fortuna, ya se adormían al rumor de los perfumados bosques de Ceilan, ya al bramido de los huracanes; ellos son los héroes, Lusíadas, ante quienes se retirarian avergonzados los compañeros de Eneas.

Él, el noble español, que ha renunciado á los laureles de la guerra por las espinas de las Misiones, enamorado de la cristiana fe más que los paladines de sus damas, y abrasado en tal amor, que le hace convertir en reunión de devotos el grupo de jugadores y blasfemos marineros, y ganarse arrastrándose de lecho en lecho devorado por la fiebre, los corazones de los marineros, víctimas de la peste.

Él, es Javier; Cortés y Pizarro de nuevos mundos, sin otra espada que el Crucifijo, sin otra armadura que la estola, sin otro título que el de miembro fundador de la Compañía de Jesús; es un san Pablo vuelto á la vida, que escoge la otra extremidad del Asia como teatro de su predicación.

Aquí la India, las Molucas, á modo de pebeteros que embalsaman el Océano; allí China, el Japon más allá. Apenas se han aventurado los codiciosos mercaderes á visitar países tan remotos; el oro y la muerte han de pesarse en una balanza, y Dios sabe á dónde se inclinará. El guerrero cumple su encargo, y vence viendo de hinojos al guerrero enemigo; el misionero necesita penetrar en su alma, estrecharlo contra su corazón, sacar el hombre nuevo del hombre viejo, y eso se propone Javier. El anciano, la mujer, el niño le oyen como al más santo solitario de los brahmanes ó de los *yoghis*; ningún penitente vieron de tan alegre rostro, ninguno que bajase al nivel del pueblo tanto como él desde su eminente solio de santidad.

El sagrado Ganges, lleno de miseria y corrupción; los ídolos de infinidad de brazos, sin una alma viviente que los mueva; los genios buenos y malos, impuras creaciones de la fantasía, que coloca el mundo sobre el lomo de un elefante; las acostumbradas penitencias, que eran una locura: el apeteído *nirvana* una falsedad; hé ahí la doctrina contraria que escuhan asombradas las selvas vírgenes de la India, y Brahma y Budha se llenan de asombro al oír la nueva predicación, como Indra desde el empíreo y Voruna en el seno de las aguas, mientras Siva recluta y mueve sus legiones maléficas para desbaratar los planes del nuevo conquistador.

El amor le llevó á la India y más allá, donde pudiera ganar prosélitos á la religion; él recogió en sus brazos cuanto se aprestaba á nuevas expediciones; él era una luz que acá en la tierra ya no podía lucir, y necesitaba para seguir brillando las auras del cielo. Grande en vida, fué todavía mayor al morir. No tan dulcemente se extingue la acordada música de los *ghandarvas*, cantores celestes, entre las brumas de la tarde, como esa existencia en medio de los golfos y abismos del amor.

Llega á los umbrales del Japon, ese imperio tabernáculo un día de profanos misterios, otro día de los de nuestra fe, contempla como una *via láctea* de mártires que recorrian su vasta extensión; estrecha contra su seno la imagen del que le ha enviado, y muere protestando de que no le temió por el infierno, ni le amó por el cielo, sino sólo por quien Él es.

Mañana vendrán las escuadras extranjeras, holandesas, inglesas, francesas, americanas, á entrar en rela-

ción con ese imperio; mañana los que vísten la sotana de Javier serán magnates en China y les enseñarán las ciencias de nuestro continente; el camino está abierto, desviada la furia de los ciclones, vencidas las iras del mar. Llamarán los europeos á las puertas de bronce de esos imperios, y las abrirán á cañonazos; la India será inglesa, China dará el té y recibirá el opio de sus falsos amigos; el Japon entrará, aunque lejos de ella, en la comunidad de los pueblos civilizados á la europea; pero el catolicismo y España podrán reclamar como suyo el nombre del primero y más célebre y más desinteresado descubridor: de Francisco Javier.

DOCUMENTO CURIOSO.

Lo es, en efecto, el siguiente que leemos en el *Correo sino-annamita*, transmitido desde Soa-Lun (Formosa), por el P. Ramon Colomer, O. P., á su Padre superior:



HA surgido en mi mente, dice, la idea de traducirle de la manera que sea posible el decreto ó edicto que el prefecto ó intendente de toda esta isla de Formosa ha publicado, con motivo de la guerra que la Francia declaró á China, con amagos de apoderarse de toda Formosa. Pero le advierto, que el edicto chino está redactado sin puntos ni comas ni rastro de ortografía; por cuyo motivo es preciso que cada uno lo interprete como le parezca, y lo entienda como pueda, pues en algunos puntos ni mi catequista ni el maestrillo gentil de este pueblo lo han podido entender. Dice, pues, así:

«El intendente ó *totai* de Formosa é islas pescadoras expide un edicto, haciendo saber un asunto procedente de Francia; la cual despues de haber abandonado lo bueno y lo pactado, ha suscitado, sin motivo, una cuestión. Por cuanto nuestra dinastía ama á los extranjeros y les cede, antes bien que querer batirlos, ellos no han sabido agradecerlo, antes, al contrario, se han enorgullecido y púestose ambiciosos. Actualmente en Fo-cheu, no obedeciendo las leyes comunes, ellos mismos se han metido en un peligroso engaño. Al principio, valiéndose de soldados bombardearon los fuertes, dañando á soldados y plebe, destruyendo el puerto é involucrando á los comerciantes. ¿Quién, que tenga sangre en las venas, no se enfadará y rechinará los dientes? Si no se riñe con ellos, ¿cómo es posible tener paz la China con los otros reinos y cómo contentar los corazones? ¡ Habitantes de Formosa é islas pescadoras que estais á mi mando, oid! Si los barcos franceses se atreven á presentarse, vosotros mandarines y soldados, esforzaos en atacarlos, y espero que soldados, plebe y voluntarios todos os coadunaréis en una sola voluntad, haciendo como una muralla, y juntos os opondréis al enemigo, jurando que no os mezclaréis con los bandidos franceses, á fin de mantener enhiesta la ley. Excepto Francia, vivimos en paz con todos los reinos, habiendo hecho convenios tiempo hace, conservándonos en amistad y sin queja. Ciertamente, no por esto de Francia, podeis perjudicar la paz con otro reino. Por medio del cónsul inglés del Sud, de apellido Gierk, de el del Norte, de apellido Hui, y de el de los Estados-Unidos en Tamsui, de apellido Ke, hemos suplicado á los europeos que deberán izar su bandera, y cada comerciante en la puerta de su casa pondrá el reino á que pertenece, para que el pueblo lo reconozca, no sea que se equivoquen. Ahora os haré ver la bandera de Francia, para que to-

dos la reconozcais. Si los buques franceses con ó sin bandera quieren entrar, á todos es necesario custodiar y atacar, sin tener en cuenta á soldados ó plebe, teniendo entendido, que si destruíis ó cogéis á un champan con su tripulacion se os premiará con mil pesos; si destruíis un buque de municiones, con diez mil; si á un buque de guerra, con cincuenta mil; si á un acorazado, con cien mil; pero las municiones de guerra, armas y bombas se entregarán al Mandarin, mas el buque y lo demás de él serán de los que lo apresaren. Además, por matar ó coger á un soldado se os premiará con cien pesos; si es un cabecilla, con doscientos; si otro oficial mayor, con quinientos; si á un superior, con mil; y si cogiéreis ó matéis al jefe de todas las fuerzas, con diez mil. Cuyos premios recibiréis al instante de la Tesorería del prefecto, sin pasar un día sin ellos (1). Vosotros debeis reconocer claramente la bandera de Francia, y esforzaros á pelear haciendo grandes hazañas y excitaros mutuamente á obtener tales premios. Si algunos se mezclaren con los franceses, suministrándoles vituallas, todos serán presos y morirán al momento. He dado este edicto para que sepais todas esas cosas, esperando que con él todos, sin distincion de mayores, comerciantes, soldados, plebe y voluntarios, lo cumpliréis unánimemente. Año décimo del emperador Kongsí, día 15 de la luna octava (3 de octubre 1884).» A continuacion dibuja dos banderas de Francia, la una de tres colores, y la otra entremetiendo el águila y no sé cuántas coronas.

El año actual ha sido verdaderamente de prueba en Formosa. Las lluvias, mucho más persistentes y duraderas que lo acostumbrado, y además los huracanes ó bagios más fuertes y terribles en el Sud que en el centro de la isla; la peste, que ha sembrado el luto y la desolacion en las familias y la consternacion en los pueblos; y ahora, como si esto fuera poco, todo es hablar de guerra y de los extranjeros, que tienen alarmados especialmente á los pueblos cercanos á puertos.

Como V. R. ha podido ver, el edicto copiado no nos es contrario ni se mete con nosotros. Mas no es precisamente á mandarines á quienes debemos temer en estas circunstancias, sino á los bandidos y malévolos, que esperan desórden y confusion, para hacer de las suyas, por aquello de: *A río ó pueblo revuelto, ganancia de pescadores... de la propiedad ajena*. En fin, esperemos algun tiempo más, á ver en qué paran estos toros; y entre tanto clamemos á Dios: *A tempestate, peste, bello et ab omni malo libera nos, Domine*.

MALGACHES PRESOS.

En la pág. 477 del tomo anterior y en la 453 del presente, publicamos dos grabados remitidos por el P. Causseque, con las siguientes líneas:

«Estos infelices presos están relegados á dos malas chozas distantes quince minutos de la ciudad. De día se les permite circular por la capital para ganarse con qué comer, pues el Gobierno no les suministra más que habitacion y la cadena de hierro. Nosotros hemos ocupado alguno en preparar las piedras para la iglesia

(1) ¿Cómo se rien los chinos de tales ofrecimientos!... «¡Sí! dicen: ¿qué diablos nos han de dar, como no sea... papel de estraza? ¡Y gracias que no nos premien con algunos centenares de azotes!

que habíamos de construir. Los que no tienen parientes que les auxilien, son muy desdichados.

«Hasta hace poco estaban tan abandonados en lo moral como en lo físico. Ahora el P. Landes les visita á domicilio, y un poco de tabaco y cariñosas palabras le han ganado todos los corazones. Les visita dos ó tres veces por semana, les enseña el Catecismo y les hace aprender varios cánticos. A fin de procurar los socorros espirituales á esos infelices, el P. Landes ha tenido la buena idea de invitarles á que se reúnan en su iglesia los domingos. La primera vez asistieron cuarenta presos, y durante las dos horas que duró la enseñanza del Catecismo y de los himnos su conducta fué excelente.

«De tiempo atrás veníamos evangelizando á los leprosos; ahora hacemos lo mismo con los condenados á cadena. Podemos, pues, decir con toda verdad: *Pauperes evangelizantur*.»

NECROLOGÍA

EL CARDENAL MC-CLOSKEY.

El día 9 de octubre último por la noche acabó de vivir en la tierra para empezar á vivir eternamente en el cielo, como bien podemos esperarlo, el Emmo. J. McCloskey, arzobispo de Nueva York y primer cardenal de los Estados-Unidos. Hacia tiempo que los graves achaques y avanzada edad del ilustre Prelado habian preparado los ánimos á recibir con menos asombro la noticia de su fallecimiento; mas no por eso es su pérdida menos sensible y dolorosa, así para los católicos como para los mismos protestantes, quienes en la púrpura del cardenal McCloskey veian á la gran República Americana altamente honrada y ennoblecida. El venerable anciano conservó hasta el fin el uso de todos sus sentidos; recibió con singular devocion los últimos auxilios de la Iglesia, que le administró el arzobispo Corrigan; fué fortalecido tambien con la bendicion *in articulo mortis* del Soberano Pontífice, y descansó en el ósculo del Señor con la placidez y confianza del siervo y administrador fiel.

La historia de la vida del cardenal McCloskey es la historia de los progresos del Catolicismo en los Estados-Unidos. Cuando él vino al mundo la Iglesia católica empezaba apenas á vivir en medio de la multitud de sectas religiosas que se dividian ya en la entonces naciente república. Al salir él del mundo, la Iglesia católica descuella sobre todas las demás religiones, no solamente por el sol de la verdad que á ella sola ilumina, sino tambien por su fuerza numérica, su organizacion y su influjo social. Ninguna secta, tomada aisladamente, llega á los 10 millones que probablemente forman allí la actual poblacion católica. Es innegable que gran parte de este admirable desarrollo débese al esclarecido difunto.

Brooklyn, lugar de su nacimiento en 1810, no parecia entonces deber ser propicio al futuro cardenal americano. Contaba apenas 4,000 habitantes la que hoy ostenta ufana los 570,000, y ya la *iglesia holandesa* tenia en ella 150 años de existencia, la *episcopaliana* 25, la *metodista* otros tantos, y las tres eran dueñas exclusivas del campo. Los pocos católicos que vivian en la pequeña poblacion habian de cruzar el río y pasar á Nueva York para adorar á Dios los domingos. Sólo en 1823,

cuando el niño Juan McCloskey tenía 13 años, se fundó en Brooklyn la primera parroquia católica. A la sombra de aquel modesto edificio crecía el jovencito Juan bajo el cuidadoso desvelo de padres fervorosísimos. Era vivo, perspicaz, aplicado, de costumbres intachables, y sus padres le destinaban ya para el santuario. Enviado al efecto á la escuela católica de Nueva York, única entonces, se distinguió por su talento y sus adelantos, y de allí pasó al colegio de Mount St.-Mary, en Maryland, donde siguió dando muestras inequívocas de aquellas prendas hermosísimas que señalaron despues todos los actos de su larga y santa vida.

Concluidos sus estudios con aplauso y satisfaccion de compañeros y superiores, fué ordenado sacerdote el 9 de enero de 1834, á los 25 años de su edad, en la ciudad de Nueva York, y por manos del obispo Dubois. Este Prelado, justo apreciador de los méritos y talentos del jóven P. McCloskey, determinó asegurar mejor las esperanzas fundadas en él, enviándole á estudiar en Europa. Estudió, pues, dos años en Roma y uno en Francia; y vuelto á América, recibió el curato de la iglesia de San José en Nueva York. En 1841, habiendo el obispo Hughes fundado el Colegio-Seminario de San Juan en Fordham, nombró rector ó presidente del mismo al P. McCloskey; pero volviendo despues de poco á su curato de San José, fué nombrado, el 10 de marzo 1884, obispo de Axiera, *in partibus*, y coadjutor del Obispo de Nueva York. Rápida venia siendo así su promoción, pero no más rápida de lo que habian hecho presagiar su doctrina, su celo y su prudencia. Tres años más tarde era trasladado á la nueva diócesis de Albany, que acababa de ser separada de Nueva York. En diez y siete años de administracion llenó su diócesis de las trazas de su ardor apostólico. En cada ciudad y villa levantábanse iglesias, escuelas, instituciones de beneficencia y religiosas. Llamó las Damas del sagrado Corazon, las Hermanas de la Caridad, las del hábito gris, y las Hospitalarias; instituyó las Ordenes de los Oblatos, de los Justinianos, de los Franciscanos y de los Capuchinos, los que coadyuvando el clero secular, añadían á la Iglesia cada dia nuevos miembros y nuevo influjo y poder.

«Este es el monumento del cardenal McCloskey,» clamó un distinguido Gobernador del Estado señalando la catedral de Albany. Roma bendecía y alentaba la actividad del obispo McCloskey. Cuando éste visitó por segunda vez la Ciudad eterna, Pío IX le mostró su satisfaccion y complacencia regalándole para su catedral un magnífico y rico cáliz; y con la bendicion del inmortal Pontífice, el Obispo volvió á su diócesis trayendo consigo un número de profesores de la Universidad de Lovaina para el Seminario teológico de Troy, que habia acabado de fundar mirándolo como una de sus instituciones predilectas.

En 1861 estalló la guerra civil. Era este un momento crítico en la historia de la Iglesia de los Estados Unidos del Norte. El influjo de la Iglesia seria grande, ya se declarase á favor de la Union, ya en contra. A imitacion del arzobispo Hughes, el obispo de McCloskey desplegó en aquella ocasion todo su amor por la patria amenazada en su existencia, al par que su caridad cristiana hácia los dos partidos de hermanos que se habian desafiado á muerte. Pero el Arzobispo no pudo sobrevivir á la cruel contienda, y en 1864 dejaba en la silla arquiepiscopal de Nueva York á su casi discípulo y amigo el arzobispo McCloskey (6 de mayo). Aquí

volvió á resplandecer aquella habilidad, celo y prudencia que habian brillado en Albany. Iglesias, escuelas, instituciones de caridad brotaban como por encanto cualquiera que él fijaba sus miradas; y viéronse al poco tiempo el Protectorado de la ciudad de Westchester, el Asilo de Expósitos, el Instituto de sordo-mudos de Fordham, los Refugios de niños y niñas desamparadas de las iglesias de San Estéban y de Santa Ana, el Hospicio de Ancianos y Ancianas, las comunidades de Franciscanos, Capuchinos, Dominicos, Carmelitas, Hermanitas de los Pobres, etc. etc., siendo acaso la grande y suntuosa catedral de San Patricio la obra en que más ocupó sus apostólicos desvelos. En sus últimos dias consolábase el pensamiento de haber podido ver completado el más imponente edificio religioso que exista en los Estados-Unidos.

Con la catedral el Arzobispo veia á la Iglesia llegada á tal punto de prosperidad cual no le hubiera parecido posible en los dias de su infancia. ¿Quién hubiera dicho al niño de Brooklyn: Tú serás el primer cardenal de la Iglesia en el Nuevo Mundo? y sin embargo, el 15 de marzo de 1875, el telégrafo le llevaba á través del Océano atlántico la decision del Vaticano que le creaba miembro del sagrado Colegio.

Seis semanas más tarde, 27 de abril 1875, á los piés del mismo altar donde habia sido elevado al sacerdocio, al obispado y al arzobispado, en medio de las más imponentes ceremonias religiosas presenciadas en el nuevo continente, el arzobispo McCloskey recibia el capelo de cardenal. La antigua catedral rebosada de esplendor en sus ricas decoraciones y brillante iluminacion; y la apiñada multitud de católicos y protestantes, con la noble corona de Arzobispos y Obispos allí presentes, trasladaban al espectador á las grandes capitales católicas en los dias más faustos de la Iglesia.

El cardenal McCloskey, empero, se diferenció muy poco del arzobispo y obispo McCloskey, siempre humilde, siempre lleno de caridad y celo por la mayor gloria de Dios y bien de las almas, hasta que en 1880, algo ya abatido por el peso de los años y de las incesantes fatigas de 36 años de episcopado y 46 de sacerdocio, recibió el auxilio del arzobispo Corrigan, como coadjutor suyo en la vasta diócesis de Nueva York.

Los últimos cinco años vivió modesta y tranquilamente, siempre afable y pronto á guiar á otros con sus consejos y la experiencia adquirida en tan larga vida de ministerios y trabajos apostólicos.

Sus funerales han sido dignos del Príncipe de la Iglesia y del millon de católicos de Nueva York, Brooklyn y Jersey, sin contar con otros que acudieron de más remotas ciudades. Pero su mejor galardón lo habrá recibido del buen Jesús, á cuya gloria dedicó toda su larga y laboriosa vida.

Acerca de sus funerales, jamás en América, dice el *New York Sun*, se han celebrado exequias tan imponentes como las del finado príncipe de la Iglesia, el cardenal McCloskey. Esas fúnebres ceremonias tuvieron lugar el dia 15 de octubre en la magnífica catedral de San Patricio, en donde habian quedado expuestos dos dias los restos mortales del eminentísimo Prelado, para que pudiese así satisfacerse la devocion del público, atendido que el dia de los funerales, sólo pocos miles de personas hubieran podido echar una última mirada al cadáver de aquel que habia sido padre, pastor y pontífice de tantas almas. La entrada en el templo en tan solemne ocasion

se hizo exclusivamente por papeletas y sólo por dos puertas, cuidando del orden y velando á que no sucediesen atropellos una fuerza de más de 100 policías. La catedral estaba literalmente atestada de gente, ocupando los primeros asientos de la nave del medio los neoyorkinos más distinguidos en el foro, en la literatura, en las armas y aun en el púlpito protestante. Veinte Obispos y cinco Arzobispos, entre los que se hallaban el Ilmo. J. B. Salpointe y el Ilmo. J. P. Machebeuf, ocupaban sillas de honor en el presbiterio, mientras que más de 200 sacerdotes rodeaban el imponente catafalco. Dióse principio á los últimos ritos fúnebres con el canto solemne del Oficio de difuntos, que fué seguido de una solemnísimá Misa de *Requiem*, celebrada por el arzobispo Corrigan, de Nueva York, y el panegírico del finado por el arzobispo Gibbons, de Baltimore. La música fué de la más solemne y magistral que se conoce; pues constó del *Requiem æternam*, de Cherubini; del *Dies iræ*, de Mozart; del Ofertorio *Domine Jesu Christe*, del mismo; del *Sanctus*, de Cherubini; del *Agnus Dei*, del mismo autor, y finalmente de las lamentaciones para órgano, de Guilmaut. Además de un coro de 100 voces, se dejaron oír notabilísimos soloistas de ambos sexos. Al acabarse el incruento sacrificio con toda la pompa y magnificencia que bien puede suponerse, dieron la absolución al cadáver los cinco Arzobispos presentes: luego se organizó la procesion hácia la cripta, que está detrás del altar mayor, y allí se dió honorífica sepultura al cuerpo del cardenal McCloskey, cerca del sitio en que yacen los restos mortales del arzobispo Hughes, para que esperen juntos la resurreccion gloriosa aquellos que por tantos años trabajaron juntos en procurar la mayor gloria de Dios y la santificación de sus hermanos.

RDO. PADRE VICTORINO GALABERT, FUNDADOR DE LAS MISIONES DE LOS PADRES AGUSTINIANOS DE LA ASUNCION, EN ORIENTE.

Nació en Montbazin (Francia) el año 1830, y estudió medicina en la facultad de Montpellier. Recibido el doctorado, decidió hacerse fraile, y en 1861 partió solo para empezar la gran Mision de Bulgaria. En breve la Propaganda le eligió como teólogo del obispo búlgaro Ilmo. Popoff.



P. GALABERT, fundador de las Misiones agustinianas de la Asuncion, en Oriente.

Durante el Concilio muchísimos le pidieron la traduccion de los *schemata* y de los discursos, y tuvo que interpretar el Concilio en cinco lenguas: búlgaro, turco, griego, francés é italiano.

A pesar de su naturaleza lenta y tímida, emprendió grandes cosas y se expuso á grandes peligros.

Cuando se trató de fundar una casa en Constantinopla, desde donde parten todas las obras de la Turquía en Europa, se fijó en el centro de Stambul, en un barrio donde nunca habia existido una iglesia católica desde la toma de Constantinopla, y allí alquiló dos casitas, una para las Hermanas y otra para los Religiosos.

Fué bueno, paciente y amable hasta el último momento, y soportó con admirable paciencia sus dolores, hasta el punto de que cuantos le veían no podían menos de exclamar: «¡Es un santo!»

Falleció el 7 de febrero último, y al tener noticia de su muerte, el Ilmo. Rotelli, delegado apostólico de Constantinopla, lamentó la pérdida de este incomparable misionero apostólico.

MISCELANEA.

Las ruinas de la antigua ciudadela de Balbec, situadas en una llanura á 70 kilómetros de Damasco, causan la admiracion de los arquitectos y constructores. El área que ocupaba tan famoso templo es mayor que la del de Jerusalem, y estaba rodeada por murallas de 800 metros de contorno, de extraordinaria altura y espesor. Hay bloques colosales, nueve de ellos de nueve metros de largo por tres de alto, magnitud á que no alcanzan las

piedras de cimentacion del antiguo templo de Salomon, en Jerusalem, ni las de la gran pirámide de Egipto. Las tres mayores piedras que existen en dicho monumento tienen respectivamente la longitud de 19'5, 19, y 18'5 metros, pesan centenares de toneladas, y están empujadas en el muro sobre seis metros del suelo. El transporte de esas grandes masas, auxiliada solo por rodillos y palancas, ó sea los medios mas rudimentarios de la mecánica, que no habia inventado las modernas y poderosas máquinas para el movimiento de grandes pesos, solo se explica disponiendo de centenares de esclavos, que empleando la fuerza bruta, y hostigados sin compasion por el látigo de sus opresores, llenaban una mision impropia de seres humanos. Algunas tablillas y toscos modelados en piedras antiguas, representan estos cuadros que afortunadamente, ha borrado la civilizacion.